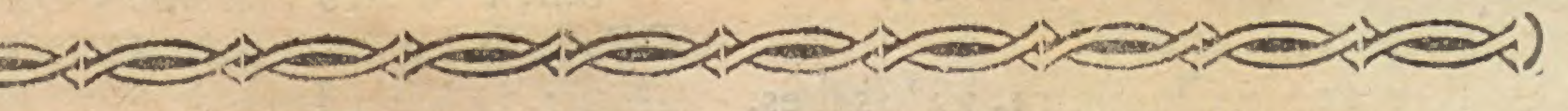
COMEDIA FAMOSA.

LOS ASPIDES DE CLEOPATRA.

DE DON FRANCISCO DE ROXAS.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Marco Antonio, Galan. *Octaviano, Galan.* *Lépido, Galan.* *Lelio, Viejo.* *Cleopatra, Dama.* *Irene, Dama.* *Libia, Criada.* *Cayman, Gracioso.* *Octavio, Capitan.* *Una Muger.* *Un Sargento.* *Soldados.*



JORNADA PRIMERA.

Salen Irene y Lépido.

Irene. CAnsado, Lépido, estás.
Lep. Irene, téngote amor.
Irene. No te yela mi rigor?
Lep. Desdenes encienden mas.
Irene. Y los desayres? *Lep.* Tambien.
Irene. Confiésote, que es verdad,
que á una grande voluntad
la da sazon un desden.
Si cae sobre amor, yo siento,
que es el desayre donayre;
mas no, si cae el desayre
sobre un aborrecimiento.
Y así, pues tu engaño ignora,
que tu amor aborrecí,
lo que te encendió hasta aquí,
te puede helar desde ahora.
Lep. Pues ya que saber merezco,
que no me quieres::- *Irene.* Deten,
no es que no te quiero bien.
Lep. Pues di, q̃ es? *Ire.* Que te aborrezco.
Lep. Ese extremo no es igual.
Irene. Diferente viene á ser:
una cosa es no querer,
y es otra querer muy mal.
Lep. Y en fin, me dices aquí::-
Irene. Ya tu oido lo escuchó.
Lep. Que no me has querido? *Iren.* No.
Lep. Y que me aborreces? *Irene.* Si.
Lep. Con la amorosa pasion,
no pensaran mis agravios,
que lo que hablaban tus labios
dictaba tu corazon;
mas la causa he de saber,
por qué aborreces mi nombre.
Irene. No puedo querer yo á un hombre
á quien venció una muger.
Lep. Aunque Cleopatra cruel
me venció, el ser vencedor
no está en manos del valor,
la fortuna da el laurel.
Vencióme; y aun te asegura
esta verdad inclinada,
que á no vencerme su espada,
me venciera su hermosura,
que es tan bella::- *Iren.* Ten, que espero
pedirte, si eres constante,
que te vengues como amante,

pero no como grosero.
Que yo no he dicho verás
en este desden primero,
con decir que no te quiero,
que á otro amante quiero mas;
y tu venganza procura
tanto encender mi tibieza,
que alabas otra belleza,
galanteando mi hermosura.
Pues refrena tu osadia,
como amante, que no es bien
satisfacer un desden
con toda una grosería.

Lep. Que á tí te alabo verás,
(si lo miras ingeniosa)
que es hacerte mas hermosa
estarte queriendo mas.
De alabarla sin amor,
qué ofensa te puedo hacer,
si esto es darte á tí á entender
que me pareces mejor?

Iren. Yo aborrezco á Cleopatra, ya lo sabes,
y ni aun poco no quiero que la alabes.

Le. Tú me aborreces. *Ire.* Tú me desobligas.

Lep. Pues ni aun eso no quiero que me digas:
de Marco Antonio tengo estos rezelos.

Irene. Tú eres el que te das á tí los zelos.

Lep. Que le quieres infiero.

Irene. Cortés soy, no te he dicho q̃ le quiero.

Lep. Pero tu amor su amor ha preferido.

Irene. Es galan, es valiente y entendido.

Lep. Con la voz de la fama militante,
tres veces Roma me aclamó triunfante.

Irene. Y Cleopatra eclipsar tu luz procura.

Lep. Es hermosa y venció con la hermosura.

Irene. De grosero otra vez das testimonio.

Lep. Y tú por qué alabaste á Marco Antonio?

Irene. Dices bien, ya lo veo,
resbalóse la voz por el deseo.

Lep. Pues no te cause enojos,
que se fuese mi lengua hácia los ojos.

Ire. No me quieras, y alaba á quien quisieres.

Lep. Qué prolixas nacisteis las mugeres!

Clarines á una parte, y sordinas á otra.

Irene. Mas qué clarin esparce poco atento
las raridades que concierta el viento?

Lep. Mas qué sordinas, con acentos graves,
divierten la capilla de las aves?

Ire. Triunfante allí un Exército ha ocurrido.

Lep. Y otro Exército allí marcha vencido.

Irene. O si el Cielo quisiera,
que Marco Antonio el q̃ ha vencido fuera!
q̃ aunque es mi hermano César Octaviano,
es mi amante primero que mi hermano.

Lep. Si el Cielo ha permitido,
que Marco Antonio sea el que ha vencido!
q̃ aunque de su amistad tanto me obligo,
es mi dama primero q̃ mi amigo. (mano.

Iren. Marco Antonio es aquel, aquel mi her-

Lep. Este que llega es César Octaviano.

Irene. Pues supla á mi deseo mi recato:
llega en buen hora, honor del Triunvirato.

Lep. Llega á mis brazos, toma:
llega en buen hora, libertad de Roma.

Irene. Mis lazos se prevengan á tus lazos.

Lep. El corazon traduciré en los brazos.

Irene. Esta fineza en tu valor se estrene.

Salen Marco Antonio y Octaviano.

Octav. O Lépido! *Lep.* O Octaviano!

Anton. O bella Irene!

Irene. O dulce dueño mio!
móbil, que arrastra todo mi alvedrio,
cómo vienes? *Anton.* Vencí.

Lep. Cómo te ha ido?
no me responderás? *Octa.* Vengo vencido.

Irene. Marte lo ha permitido soberano.

Anton. Déxame ver á César Octaviano.

Octav. A Antonio quiero hablar.

Lep. A mi enemigo. *ap.*

Anton. Lépido? *Irene.* Hermano?

Octav. Irene? amigo? *Anton.* Amigo?

Octav. Qué tristeza á tus ojos ha ocurrido?

Anton. De hallarte con insignias de vencido,
qué alegría se ofrece á tu semblante?

Octav. De mirarte con señas de triunfante.

Anto. Como hoy á tu valor tu ruina estrena,
se equivocó mi gloria con tu pena.

Octav. Y como tú has logrado una victoria,
se moderó mi pena con tu gloria.

Ant. Agradezco la fe de tu cuidado. (zado.

Oct. Cuéntame, Antonio, el triunfo q̃ has go-

Ant. Cuéntame aquesa lid sangrienta y fiera.

Oc. Fué desta suerte. *Ant.* Fué desta manera.

Octa. Ya te acuerdas, Antonio, de aquel dia,
que armados de ambiciosa bizarria,
fuimos los tres á conquistar el mundo.

Anton.

Anton. Y que tocó á mi acero, sin segundo,
el Asia. *Octav.* A mí la Europa dilatada.
Lep. El Africa á los filos de mi espada.
Octav. Y que los tres, con amigable trato,
hicimos este heróyco Triunvirato:
Júpiter quiera que felice goce
la tierra Aústral, que el rumbo desconoce.
Lep. Ya sabes, que por suerte ó por estrella,
me venció por la mar Cleopatra bella.
Anton. Y que sabiendo tu infelice suerte,
volví del Asia solo á socorrerte.
Octav. Que echamos los dos suertes.
Anton. Ya lo digo.
Octav. Que le tocó á mi brazo ese castigo,
que por la mar, con ira y osadia,
fuí á rendir á Cleopatra á Alexandría.
Anton. Que al Asia me volví.
Lep. Que yo corrido,
en Roma entónces me quedé vencido.
Anton. Es esto así?
Lep. Mi indignacion lo llora. (ahora.
Ant. Pues oye ahora. *Octav.* Pues escucha
Quando el Alba y Aurora en luces bellas
salen á recoger á las estrellas:
quando el tardo lucero, sin decoro,
murmurando está el Sol bostezos de oro;
y el pájaro de verdes plumas rico,
afila al tronco el argentado pico,
retoza el can, y la que ruge fiera
muestra la presa con que al tigre espera:
chupa el clavel el líquido rocio,
azota el pez las márgenes del rio;
y el repetido tálamo dichoso,
la tórtola se arrulla con su esposo;
y la culebra sola,
ondeando la arena con su cola,
al asomar del Sol temprano el coche,
muda la piel con que esperó la noche:
Partí, cortando al mar la verde bruma,
en trescientos Centauros de la espuma;
pues volar y correr cada qual sabe,
el medio cuerpo pez, y el medio nave.
Anton. La Reyna entre las flores peregrinas,
encargó su custodia á las espinas,
y Clicie, que por Febo se desvela,
era del campo fixa centinela.
Roció el Alba con agua destilada
á la Luna, hasta entónces desmayada;
y ella con animosa cobardia,
del desmayo volvió que la dió el dia;
ya una estrella se sale de su nido,
por acecharle al Sol donde se ha ido:
y porque vuelen graves,
les dió la sombra luz á tardas aves;
quando marché con treinta mil Soldados,
seguros todos; porque son pagados.
Octav. Y apénas con descuido diligente,
encargamos las velas al poniente,
quando vapores del cristal sediento,
tramaron nubes que texia el viento.
El dia obscureció, bramó el Siroco,
cubrióse el Sol de nieblas poco á poco,
erizóse del mar la estéril bruma
(que es el verde cabello de la espuma)
variaron descompuestos á bramidos
todos quatro elementos desunidos,
solo la vista á solo el riesgo via,
de mucha armada el oido no oia:
ya no acierta el gobierno el Timonero;
ya no encuentra la escota el Marinero;
el mas hallado es el que mas se ofusca:
da en el fogon el que la bomba busca:
el padre allí del hijo es enemigo;
no se acuerda el amigo del amigo:
qual hubo, que á la sombra agradecía,
por no ver todo el mal que se entendia:
qual hubo, que el relámpago deseaba,
por ver aquel espacio que duraba:
toda mi hueste en una voz se queja,
pero á ninguno aprovechó la queja:
y qual hubo, que al ver, no bien mirados,
cubierto el mar de árboles troncados,
tan ciego acierta, y tan despierto yerra,
que al mar saltó pensando que era tierra.
Anton. A mí me ayudó tanto le fortuna,
que el iman de las aguas (que es la Luna)
influyendo su luz por las estrellas,
me señaló serenidades bellas.
A la sed que fatiga á mis Soldados,
arroyos se desangran de sus prados:
ardiente Estío me ofreció á racimos
copiosa fruta en árboles opimos:
árbol allí mas grato
ofreció calambucos al olfato;
y con sonoro y ajustado ruido,
las aves consonancias al oido:

la selva y prado en líquidos despojos,
dieron enmiendas á los ojos;
y como estrella nos influye amiga,
el ocio fué nuestra mayor fatiga.
Y en fin, como suaves,
nos saludaron las pintadas aves,
el prado, el arroyuelo,
la selva, el monte, Luna, Sol y Cielo,
sin inconstancia alguna,
no se halló quien creyese q̃ hay fortuna.

Octav. Salió el arco de paz, serenó el dia,
y en la Playa me hallé de Alexandría:
salté en Egipto (que es donde idolatra
el Sol los bellos soles de Cleopatra)
desembarcamos en la Playa apénas,
el llanto se rió con las arenas:
y aunque en la arena estaba,
la planta aun no creyó lo que pisaba,
quando con ira ardiente
me acomete Cleopatra de repente
por la márgen de un rio clara y pura,
(quién ha visto con maña la hermosura?)
resistirla procuran mis Soldados,
y moverse no pueden de cansados:
allí, con ira extraña,
se aprovechó de la ocasion la saña:
el alarido y confusion crecia:
lo que ántes fué cristal, ya es sangre fria:
aquel, herido y fiero,
lidiaba con su mismo compañero:
desesperado aquel, quando embestia,
no por matar, que por morir reñia;
uno allí desangrado,
sangre bebe, que aquel ha derramado;
pero si aquella le desmaya, en breve
vuelve á alentar con la que al otro bebe.
Aquel, que ni se anima ni acobarda,
esperando la lid, la muerte aguarda;
huye el Soldado, sin q̃ el riesgo aguarde,
y le alcanza su muerte de cobarde:
uno acomete allí mas diligente,
y se busca la muerte de valiente:
que no se libran de la muerte fiera,
ni el q̃ huye ni el q̃ embiste ni el q̃ espera.

Anton Yo, con valor, enojo y osadia,
al Reyno de los Partos llegué un dia:
salió su Rey (su vestidura era
de pieles remendadas de Pantera)
sacó eminentes, pero no constantes,
Castillos sobre espaldas de Elefantes:
tal Exército el jóven acaudilla,
que ocupa mas espacio de una milla.
Son sus altas trincheras valuartes,
al Sol encubren roxos Estandartes;
mas dixe (como el mundo no me asombra)
no importa, pelearémos á la sombra.
De noble ira, no de ardid armada,
mi gente le embistió desbaratada:
mis Tropas se dividen una á una,
pero las concertaba la fortuna:
si en proporcion el Parto acometia,
su misma ceguedad le dividia;
de emboscada miré salir airados
sobre veinte Elefantes mil Soldados;
y aunque iban fixos ántes,
tienen tal propiedad los Elefantes,
que si tropiezan, sea del peso ó pena,
no pueden levantarse de la arena,
y es preciso, si quieren ir delante,
que el mismo que los guia los levante;
pues quando me buscaron,
en un reducto que hice tropezaron;
y como el que primero acometia,
levantarse á sí mismo no podia,
quedaba entre la arena sepultado
á un tiempo el Elefante y el Soldado.

Octav. Sobre un caballo, pájaro sin pluma,
que á nado pasó el golfo de su pluma,
que quando el freno su altivez sujeta,
irritado á la voz de la trompeta
alzó tanto al pisar las peñas duras,
que él mismo se miró las herraduras;
salió Cleopatra mas divina Aurora,
animando su hueste vencedora:
retirarme otra vez al mar procuro,
y ménos de las aguas me aseguro;
el Soldado que auxîlios procuraba,
por saltar en la nave, en el mar daba;
y quál, en uno y otro grave empeño,
se arroja al mar sobre un tronchado leño:
recojo algunos que morir quisieron,
y de ser desdichados no murieron.

Ant. Al Parto venzo, y viéndome triunfante,
su Rey me llama el Asia militante.

Octav. Surco el Mediterráneo, á Roma llego
rendido de Cleopatra (ah dulce fuego!)

Anton.

Anton. Las aves me repiten la victoria,
los bronces la dedican á la historia.
Oct. Acuérdame entre aquellas peñas fieras
mi ruina negras aves agoreras.
Ant. Llego á verte, y hallándote vencido,
yo me parece que el vencido he sido.
Oct. Hállote, y como al Asia has sujetado,
yo presumo que soy el que he triunfado.
Ant. Tu voz por todo el orbe se derrama.
Oct. Tú eres el que da lengua á la fama.
Ant. Para que las edades sean testigos
de q̃ somos los tres fieles amigos. (una,
Oct. y Lep. Y al rendir sus Provincias una á
préstanos, Marco Antonio, tu fortuna.
Anton. Sí haré, César Octaviano;
y vive el móbil primero,
á cuyo natural curso
se arrastran estotros Cielos,
que ha de estrenarse Cleopatra
en las iras de mi acero,
aunque embotados de herir
tenga sus filos sangrientos.
Marchad otra vez, Soldados:
ea, á vengar, compañeros,
la sangre de los Romanos,
que ha teñido el mar Tirreno.
Ea, á Alexandría, Soldados,
y pésame que sea empeño
el vencer á una muger,
quando á tantos Reynos venzo.
Lépido, si tu desdicha
te ha vencido y no tu esfuerzo:
Octaviano, si tu estrella
te ha vencido y no tu aliento,
yo que soy vuestra fortuna,
vengar á los dos prometo,
ántes que al ocio se encargue
este no vencido acero.
Solo descanso en la lid:
ea, á descansar marchemos,
alto á embarcarnos, amigos,
aten al mar con sus remos,
para sembrarle de sangre,
esos inconstantes leños.
Ea, á vencer á Cleopatra,
este encanto descifremos,
que no ha podido el valor
ver, viendo mucho, estar ciego.
A Dios, César Octaviano. *Yéndose.*
Octav. Espérate, que primero
he de cumplir la palabra,
que te he prometido. Al tiempo
que al Asia fuiste, ya sabes,
que fué de los dos concierto,
que si vienes de la guerra
vencedor, te dé por dueño
á Irene mi hermosa hermana:
Tú has vencido ya; y supuesto
que haces tú por mí lo mas
(que es vengarme) yo pretendo
darte (pues me está tán bien)
á mi hermana, que es lo ménos:
Irene, dale la mano.
Lep. Echas á perder con eso
nuestra venganza, Octaviano:
vesle que airado y sangriento
se irrita de nuestro agravio,
y á tu ruina desatento,
quando le hallas diligente,
le solicítas suspenso?
Déxale vencer ahora,
que estorbar es desacierto
las tentaciones de Marte,
con las delicias de Vénus.
Anton. Los dos decis bien, amigos;
y así tomando el consejo
de Lépido y Octaviano,
el favor agradeciendo,
doy la mano y no la doy:
bella Irene, ya soy vuestro;
pero ántes que en esos lazos
se suspenda este ardimiento,
y ántes que pague amoroso
deudas de consorte al lecho,
he de vencer á Cleopatra,
con que cumpla á un mismo tiempo,
quedando por dueño suyo,
y yendo á vengaros luego,
con el duelo de amistad,
y de mi amor con el duelo:
tuyo soy: Lépido amigo?
Lep. Qué dices? De zelos muero. *ap.*
Anton. Que avises á mis Soldados,
que á marchar estén dispuestos,
que al Africa he de embarcarme.
Lep. Tus órdenes obedezco:

ven-

véngueme el Cielo de tí. *Vase.*
Octav. Bella Irene? *Irene.* César nuevo?
Octav. Déxanos solos, que hablar
á Marco Antonio en secreto
conviene á un cuidado mio.
Irene. Si tanto importa, ya os dexo:
ménos valiente quisiera,
y mas amante á mi dueño. *Vase.*
Octav. Ya estamos solos. *Anton.* Sí, amigo.
Octav. Ninguno nos oye. *Ant.* Es cierto.
Octav. Pues salga al oido tuyo
todo en voces mi silencio.
Anton. Qué tienes? dime tu mal.
Octav. O pluguiera á mi deseo,
que en mi lengua y en su voz
cupiera mi sentimiento!
Anton. No esté cobarde tu pena.
Octav. Cómo quieres tú que á un tiempo
de una grande cobardía
se informe tu atrevimiento?
Anton. Cobardía? qué has huido?
volviste la espalda al riesgo?
Octav. Mayor mal. *Anton.* No puede ser.
Octav. Oye, sabrás el suceso:
Amigo, yo vi á Cleopatra.
Anton. Tente, que has dicho mas presto,
de lo que explicarlos quieres,
ya todos tus pensamientos:
te aficionó su hermosura?
responde. *Octav.* Pluguiera el Cielo,
que la aficion no es amor.
Anton. Qué es? *Octav.* Un tibio deseo,
que está pintado en el alma
al temple de los afectos,
á quien qualquiera accidente
(sea de tibieza ó zelos)
con ser los que le hacen mas,
le templan en serlo ménos.
Anton. Pues qué tienes? *Oct.* Tengo amor,
que está al olio tan impreso
en el corazon, adonde
fué toda aficion bosquejo,
que no le podrá borrar
el Pintor mas sabio y diestro,
ni de los zelos las sombras,
ni de la ausencia los léjos.
Yo ví á Cleopatra divina
(como te dixe primero)
y mis ojos navegaron
las ondas de su cabello:
Aneguéme en su hermosura,
y dixe al ver sus luceros,
cómo causa la borrasca
los que influyen tan serenos?
Ay de mí! que ya no soy
ni puedo ser aquel mesmo
que burló como dormido,
lo que llora como ciego.
Vencióme y enamoréme;
pero no hizo mucho en eso,
que me rindió el corazon,
y es él el que da el esfuerzo.
Tú eres mi amigo y mi hermano,
tú partes ahora al Reyno
de Cleopatra á conquistar
los imposibles de un cielo.
Tú eres dichoso, yo soy
el mas infeliz extremo
de la fortuna inconstante,
tanto, que en las lides echo
á perder con mi fortuna
quanto emprendo con mi acero.
A tí todas las estrellas
te favorecen; yo tengo
por tres enemigos mios
á Júpiter, Marte y Vénus:
y en fin, soy tan infeliz,
que me he enamorado; en esto
conocerás mi fortuna.
Y así, noble amigo (puesto
que eres dichoso) hazme tú
feliz, conquístame el Cetro
de Cleopatra, Sol de Egipto:
ve á conquistarme el imperio
de sus ojos, á quien paga
el Dios de la venda feudo.
Si la vences con tu dicha,
quédate tú con su Cetro,
y parte luego conmigo
su hermosura: yo no puedo
lograrme por mí esta dicha,
tenme lástima, que llego
á hacer las lágrimas voces,
y hacer ojos sus acentos.
Vence y logre yo sus rayos;
y pues ha sido concierto
par-

partir los dos, como amigos,
del mundo todos los Reynos;
tómate tú todo el mundo,
y dame á Cleopatra en premio,
porque vale mas Cleopatra,
que es la que yo estimo y quiero.
Anton. Con sentir verte vencido,
no es eso lo que mas siento,
sino que pueda en tí mas
tu amor, que tu entendimiento.
Tú, que das voz á la fama,
á las edades exemplo,
has de ser de un ciego Dios
indigno y extraño objeto?
Templa, templa esas pasiones.
Octav. Amigo Antonio, no puedo.
Anton. Tú con ojos en las lides,
y tú en las delicias ciego?
tú enamorado? *Octav.* Pues tú
no tienes amor? *Anton.* Confieso,
que á Irene tu hermana adoro
ya por mi esposa y mi dueño:
pero es amor tan templado,
que á vengarte voy resuelto,
por no embarazar mi ira
con mi amor: luego es primero
todo este valor que irrito,
que todo este amor que templo.
Octav. Como ya es Irene tuya,
estás templado. *Anton.* No es eso,
sino que es ofensa mia
la que es de los dos; y quiero,
en dos extremos tan grandes,
valor y amor, que sea ménos
amor, que es extremo y vicio,
que valor, virtud y extremo:
convéncete. *Octav.* No es posible.
Anto. Indigna el valor. *Octa.* No acierto.
Anton. Y la adoras? *Octav.* Con el alma.
Anton. No hay remedio?
Octav. No hay remedio.
Anton. Pues supuesto que te miro
incapaz de mi consejo,
y pues tú no puedes mas
contigo, y tampoco puedo
faltar á la obligacion,
que á mi fe y mi sangre debo,
yo te entregaré vencido
ese aparente portento,
que le han fingido imposible
los entes de tus deseos.
Partid al puerto, Soldados:
Octaviano, yo prometo
de no volver á la Europa,
sin que á tí, Rey verdadero
de la otra mitad del mundo,
que con mi espada grangeo,
traiga, para eterna fama,
la gran Cleopatra por feudo.
Octav. Eres mi amigo?
Anton. Y tu hermano.
Octav. Y en fin, prometes de nuevo,
que sea mia Cleopatra,
si la vences? *Anton.* Al Sol mesmo
pondré á tus plantas. *Octav.* Mis brazos
son de tus lealtades premio.
Anto. Quédate. *Octav.* El Cielo te guarde:
mira, amigo, que rezelo::-
Anton. Fortuna tengo y valor.
Octa. Rezelo::- *Anton.* No tengas miedo.
Octav. Que Cleopatra::-
Sale Irene por una puerta, y Lépido por otra.
Irene. Ya otra vez
al ruido del metal hueco
se conciertan tus Soldados.
Lep. Ya al son de Marte sangriento,
templadas las caxas, tocan
á marchar. *Anton.* Ea, marchemos,
hijos mios: bella Irene,
dame los brazos. *Irene.* En ellos
quisiera dexarte el alma. *Abrázanse.*
Ant. Ya vendré á adorarte. *Iren.* El Cielo
te vuelva á Europa. *Anton.* El querrá,
que goce tus brazos presto:
Lépido, á Dios. *Lep.* El te traiga
tan presto, como deseo.
Octav. Mira que me das palabra::-
Anton. No acuerdes lo que te ofrezco:
la lealtad tiene memoria.
Irene. Advierte, esposo, que temo::-
Anton. No temas. *Irene.* Quiérote bien.
Anton. Pues advertid, que si dentro
de un año no han venido
señas de mi vencimiento,
es, que el valor y fortuna

se

se han trocado tan adversos,
que él ha influido desdichas,
y ella amenaza los riesgos;
y me ireis á socorrer?
Lep. Yo lo juro. *Octav.* Yo lo ofrezco.
Irene. Y yo he de ir á acompañarlos.
Anto. Esto admito. *Octa.* Esto concierto:
dale laureles, fortuna. *ap.*
Irene. Volvedle á Europa, deseos.
Anton. Tráigame el Cielo triunfante.
Lep. No vuelvas, ruego á los Cielos. *Vans.*
Sale Cayman.
Caym. Yo soy un pobre Romano,
que vino sin cobardia
al Reyno de Alexandría
con el César Octaviano;
y en la batalla despues,
viendo que con los Gitanos
no me valian las manos,
me aproveché de los pies.
Pero yo estoy satisfecho,
que huir, como hombre mortal,
luego luego, hace gran mal,
despues despues, gran provecho.
Que queda un hombre corrido,
dice el vulgacho malvado;
mas al huir, me he quedado
como sino hubiera huido.
Díxome Octaviano fiero,
de su ruina en el afan,
di, por qué huyes, Cayman?
y yo dixe, porque quiero.
Si mueres (dixo) es muy cierto,
que tu fama el Orbe aclama;
y qué he de hacer con la fama
(le dixe) despues de muerto?
Señores, no es necedad,
que haya hombre de tal suerte,
que se dexe dar la muerte
por tener posteridad?
Por dar lineas á la historia
haya quien llegue á lidiar!
Que se entre un hombre á matar,
por dexar grande memoria!
Hombre, á tu valor incierto
el engaño te apercibo:
no hay quien se acuerde de un vivo,
y quiere memoria un muerto?
Ahora volvamos al caso:
En la lid sangrienta y dura,
de este monte en la espesura,
me escapé paso entre paso:
volviéronse los Romanos;
pero aunque en Alexandría
se quedó mi cobardia,
no me conocen Gitanos.
Pues estoy pobre, yo quiero
(ya que no soy buen Soldado)
buscar un oficio honrado,
que me valga algun dinero.
Seré Sastre? es devocion
ser sastre muy abatida,
que he de andar toda mi vida
á cuestas con el pendon.
Algebrista? voy errado,
desconcertaré costillas,
venderé lindas pastillas
de ambar, siendo pan mascado.
Esto no se disimula,
y aun no sé fraguarlas yo.
Haréme Médico? no,
sé mucho y no tengo mula.
Con ropon seré Letrado,
que libros no es menester:
Boticario quiero ser,
que es oficio redomado;
pues con vender cada vez,
que ocasion precisa halle,
quatro piedras de la calle,
molidas en almirez:
con quatro rótulos solo;
con vender á tontos mil
el aceyte del candil
por aceyte vitriolo:
con que venda á quantos vén,
que en mi tienda se trabaja,
el agua de la tinaja
por el agua de llanten;
y por xarave, despues,
vender miel de letuario,
queda un hombre Boticario,
y queda rico en un mes.
Pero no quedarán salvas
honra y fama, que he guardado,
que dirán, que un hombre honrado
ha nacido entre las malvas.

Se-

Seré alcahuete? no inquiete
mi codicia, que es mi fama;
no le dan nada á una Dama,
qué darán á un alcahuete?
Pues á qué oficio idolatra
mi codicioso desvelo?
Sale Libia. Justicia venga del Cielo
sobre la Reyna Cleopatra.
Apelaré del rigor
con que al precepto me irrito:
qué haya mandado en Egipto,
que no haya quien tenga amor!
Que con su casta pureza
la cruel Cleopatra intente
derogar por accidente
lo que obra naturaleza!
Si con ser irracionales,
en la tierra y mar mejor,
se tienen tambien amor
peces, plantas y animales:
Desde que ha que todos ven
este precepto importuno,
no encuentro á hombre ninguno,
que no me parezca bien.
Con dos mil faltas escojo
á todos; tan torpe soy,
que tras de un tuerto me voy,
porque me hace del ojo.
Y quando llegue á faltar
un tuerto, que querré advierto
á un calvo, con ser bien cierto,
que no le puedo pelar.
A un lindo, mi tema rara
le pone doscientos nombres;
si es feo, digo: los hombres
no han de tener buena cara.
Si un chiquito hallo en la calle,
digo: aqueste me merece;
si un largo: qué bien parece
en los hombres un buen talle!
Y de tal suerte se ven
mis ansias, porque me asombre,
que me vengo tras este hombre,
porque me parece bien.
Que nuestra Reyna aperciba
(porque su virtud se crea)
que la que adúltera sea
la saquen á quemar viva!
Y que otra ley nos advierta,
porque el riesgo se repare,
que la que se descuidare
la saquen á quemar muerta!
Señores mios, protesto,
que me endiablo ó enquillotro:
qué les queda para esotro,
si queman aquí por esto?
Esta sujecion cansada
mas á mi deseo aumenta:
viva yo ahora contenta,
y muera despues quemada;
pero tengo tal estrella,
que no ha de quererme creo.
Caym. Muger es esta, y deseo
parecer hombre con ella.
Libia. Yo me llego::-
Caym. Hay tal menguado!
Qué tardo? quiero llegar.
Libia. Aunque me hayan de quemar.
Caym. Sea Júpiter alabado.
Libia. Por siempre, y pase adelante,
pues ya en la ocasion me veo.
Caym. Habrá un poquito de empleo
para un amor vergonzante?
Libia. No faltará. *Caym.* Qué piedad?
Libia. Llegue, y no tenga rezelo:
acérquese, hermano. *Caym.* El Cielo
le pague la caridad.
Libia. Tome. *Dale la mano.*
Caym. Págueoslo Cupido:
de hambre solo la tomo:
tres meses ha que no como
bocado de lo que pido.
Ya que en amoroso lazo
tan piadosa os alargais,
que un poco de mano dais,
dadme un bocado de abrazo.
Libia. Tómele. *Abrázala.*
Caym. Qné alma tan pia!
Libia. Yo soy una pecadora:
óyeme, hermano? *Caym.* Señora.
Libia. Véngase acá otro dia:
mas á quererle me incito. *ap.*
Caym. Dígame, por qué razon?
Libia. Hermano, la privacon
es causa del apetito.
Caym. Su fineza he de estimar:

seré amante muy fiel.
Libia Ruego al Cielo, que por él
no me saquen á quemar.
Caym. Quemar? *Libi.* Es ley promulgada
contra el humano apetito.
Caym. Si ello es despues del delito,
quémente, no importa nada.
Y en el castigo se encierra
el hombre tambien? *Libi.* No. *Cay.* Di,
solo á las mugeres? *Libia.* Sí.
Caym. No me voy yo de esta tierra.
Libia. Con pasiones tan erradas,
cómo á amarme te acomodas?
respóndeme. *Caym.* Porque á todas
las deseo ver quemadas;
y el quererte ahora es,
segun de la ley confío::-
Libia. Dime, por qué, Cayman mio?
Caym. Porque te quemen despues.
Dent. Plaza, plaza. *Caym.* Al Anfiteatro
(que está del mar á la orilla)
la Reyna entra. *Libia.* Maravilla
del mundo es este teatro:
ya digo, que no te quiero.
Caym. Yo desde hoy te he de querer,
que espero que te he de ver::-
Libia. A dónde? *Caym.* En el quemadero.
Salen Cleopatra, Lelio, Barba, Soldados y acompañamiento.
Lelio. Reyna de Egipto, Sol de Alexãdría,
luz, que escribe en la luz q̃ pauta el dia,
comparacion tú sola á tu grandeza,
símbolo sola tú de tu pureza,
que el ser tan generosa
te hace que parezcas mas hermosa,
excepcion de la regla aun no creida,
pues no eres fea, y eres entendida,
que del amor burlaste los engaños,
prudente sin la costa de los años:
Hoy, q̃ de escamas rústicas plateados
los peces, de tus luces deslumbrados,
salen del mar, que tu beldad serena,
hasta quedarse en seco en el arena:
Hoy pues, q̃ al permitir tus rayos roxos,
las águilas peligran en tus ojos,
quando hidrópicos llegé sus desmayos
á beberse el concurso de sus rayos:
Hoy, que conoce la teñida rosa::-
Cleop. Detente, no me alabes por hermosa:
en vano, Lelio, á mi beldad prefieres,
alaba mi valor, si alabar quieres,
y no antepongas, quando yo te asombre,
indicios de muger á señas de hombre.
Yo no he vencido á Lépido el Romano?
yo no teñí de espumas el mar Cano?
yo, de sus popas, arboles y quillas,
no he fabricado túmulos de astillas?
Yo no vencí á Octaviano en esa playa,
que aunque se enoje, el mar le tiene á raya?
Yo no dexo grabada
en la testa de hueso, flecha alada,
al venado, que es, sin dar engaños,
rústico coronista de sus años,
pues para que los lea el que los cuente,
se imprime los instantes en la frente?
Yo á Marco Antonio, á quien el Asia clama,
ese de quien es voz toda la fama,
á que venga no espero
á estrenarse en los filos de mi acero?
Pues este vencimiento, esta grandeza
débese á mi valor ó á mi belleza?
no los venció mi es pada? sí, ella ha sido;
pues si mi espada es la que ha vencido,
y mi hermosura no, que no es segura,
no me alabes desde hoy mas mi hermosura.
Quién puede haber que sea tan osado,
que diga que á mis ojos se ha inclinado?
que si alguno me diera esos enojos,
yo misma me sacara á mí mis ojos.
Si esta alma, que á mi me anima rara,
del Sol (con ser Deidad) se aficionara,
de él mismo, al contemplarle,
me dexara cegar por no mirarle.
O quién trocara el sexô recibido!
de una muger me pesa que he nacido,
por ser muger, que á ser flaqueza toca:
O si hubiera nacido de una roca!
Lelio. Sentarte ahora puedes,
que pues es dia hoy de hacer mercedes,
pues con aplauso, que serán tus glorias,
celebra Alexandría tus victorias,
que renueves te digo,
al perdon los prceptos del castigo.
Cleop. Qualquier delito mis piedades crea,
como el romper la castidad no sea.
Siéntase junto á un bufete.

Lelio. En estos dos empecémos,
que has de sentenciar ahora.
Cleop. Quién son esos dos? *Lelio.* Señora,
dos prodigios, dos extremos:
uno está preso, porque
es tan tierno ó es tan blando,
que está siempre enamorando
á quantas mugeres vé.
Y otro quiere pretender
premios, que es justo que pida;
y es, de que en toda su vida
nunca ha hablado con muger:
este pide, que te obligues
de esta obediencia. *Cleop.* Está bien.
Lelio. Y el otro pide tambien::-
Cleop. Qué pide? *Lelio.* Que le castigues.
Cleop. Extremo notable ha sido.
Lelio. Que esto esta probado infiere.
Cleop. En fin, uno á todas quiere,
y otro á ninguna ha querido?
Lelio. El premio y castigo libre
igual de justicia el peso.
Cleop. Pues soltadme al que está preso,
y prendedme al que está libre:
que si ese quiere una á una
á todas juntas, se infiere,
que pues á todas las quiere,
no tiene amor á ninguna.
Y por evidente ten,
(aunque tu engaño lo ignora)
que ese que á ninguna adora,
es que á alguna quiere bien.
Pues perdone mi grandeza,
y castigue mi porfía
del uno la hipocresía,
y del otro la flaqueza.
Lelio. Prosigo por este. *Cleop.* Di.
Lelio. Un hombre de baxa suerte
está condenado á muerte,
porque dice mal de tí.
Cleop. Qué dice? *Lelio* Ahora lo sabrás:
que eres (dice el maldiciente)
generosa solamente,
porque se diga que das.
Y despues de esta malicia,
con nueva temeridad,
que solo es en tí crueldad
lo que parece justicia.
Que eres soberbia, impaciente,
que eres vana, codiciosa,
y que el nacer tan dichosa,
te hace parecer valiente.
Cleop. Hay atrevimiento igual!
y dime, Lelio, tambien
si dice de alguno bien.
Lelio. No hay de quien no diga mal.
Cleop. Pues yo revoco esa pena,
por lo que á todos me iguala,
que era señal de ser mala,
si dixera que era buena.
Soltadle y logre esta suerte;
pero en esto se repare,
que al punto que me alabare,
mando que le den la muerte:
porque en un extremo tal,
no me estaba bien aquí,
que hable sòlo bien de mí
quien de todos habla mal.
Caym. Señora, si así librais
el perdon para la ofensa,
si quando el castigo piensa,
al que murmura premiais,
por Júpiter vuestro Dios,
os suplica mi cuidado,
que me admitais por criado,
que yo diré mal de vos.
Que me recibais confío.
Cleop. En qué oficio? *Caym.* Si es razon,
pido que me hagais bufon.
Cleop Por qué? *Cay.* Porque soy muy frio.
Cleop. De dónde sois? *Cay.* Soy Romano,
y ser Gitano querria.
Cleop. Quién os traxo á Alexandría?
Caym Quién? el César Octaviano.
Cleop. Y en la batalla se vé
que os perdisteis. *Caym.* Reyna, sí,
al principio me perdi,
pero á la postre me hallé.
Huí de tí, y en Egipto
escondido he estado *Cleop.* Pues
cómo huiste? *Caym.* Con los pies.
Cleop. Sereis gallina. *Caym.* Un poquito.
Sale una muger tapada.
Lelio. La muger que vés, está
sentenciada á quemar. *Caym.* Palo.
Lelio. Con un hombre su amor ciego,

tus preceptos ha violado:
el delito está probado.
Cleop. Pues execútese luego.
Muger. Si estas lágrimas que lloro,
pueden templar tu rigor,
sabe que él me tiene amor,
al paso que yo le adoro:
y acúsele á tu piedad
este error escandaloso,
que con palabra de esposo
le entregué mi voluntad:
á que me la cumpla aguarde
la piedad que en tí se espera.
Cleop. No aguardárais que os la diera.
Mug. Ya me la ofrece. *Cleop.* Ya es tarde.
Lelio. Que la perdoneis os digo,
que ha de parecer muy mal,
por ser muger principal,
la infamia de este castigo:
otro castigo, otra pena
moderad, Reyna piadosa.
Cleop. De esa campaña espaciosa,
de flores y áspides llena,
dos áspides aplicad,
y en sus alevosos brazos
tengan ponzoñosos lazos,
que indicios de mi crueldad,
la aflixan con tal dolor,
que se reduzca mortal
en ponzoña irracional
la ponzoña del amor.
Esta sangre de amor ciego,
este tormento de sangre,
sea mi castigo á sangre,
pues no quereis que sea á fuego.
Muger. El Cielo (puesto que muero)
con justicia soberana
permita, Reyna tirana,
que te mate un áspid fiero.
Y tambien llego á pedir,
que por mas sangrienta espada,
mueras tan enamorada
como yo voy á morir.
Cleop. Esa desdicha no espero,
pues con justa causa mueres.
Muger. Y si á algun hombre quisieres,
se dé muerte con tu acero.
Cleop. Vete. *Muger.* El Cielo te maldiga,
véngueme el Cielo de tí.
Cleop. Yo vivo segura en mí.
Muger. Y otra vez pido, enemiga,
que pruebes tanto el dolor,
que ántes que yo en esta suerte
pruebe efectos de la muerte,
pruebes efectos de amor.
De tí seas escarmiento,
y tengas como yo el fin. *Vase.*
Cleop. Mas qué sonoro clarin *Clarin.*
rompe la region del viento?
Lelio. Vuelve los ojos á la mar serena,
verás su playa de baxeles llena:
doscientas y mas naves,
peces del ayre y de la espuma aves,
con no seguro paso,
vienen cortando al mar el azul raso.
Un pájaro de pino, en vez de pluma,
hace de azul cristal nevada espuma:
son sus flámulas bellas carmesíes,
sus árboles se engastan de rubíes:
del évano que al Sol la cara empache,
la popa trae con relieves de azavache;
de bronce el espolon que le asegura,
á quien supo bordar la arquitectura;
y trae (porque la tenga el Sol decoro)
palamenta de plata, y timon de oro.
Caym. Ya en el mar cristalino
las alas abatió de enfermo lino.
Lelio. Ya el áncora á su curso alado enfrena,
fiada á la constancia de la arena. (rojado:
Cleop. Ya un hóbre en nuestra orilla se ha ar-
llega á mis iras, infeliz Soldado.
Lelio. De paz es la vandera que despliega:
llega, infeliz Soldado. *Cleop.* Llega, llega,
y pues de tu valor das testimonio,
dí quien eres, Soldado.
Dent. Anton. Marco Antonio.
Cleop. Temor de oir su nombre he recibido,
y esta es la vez primera que he temido;
pero es valor este temor primero:
echar el velo á mi hermosura quiero,
que pues mi espada el triunfo me asegura,
no quiero que le venza mi hermosura.
Lel. Llega, Romano. *Cleo.* Toda soy de yelo.
Echase el velo, y sale Marco Antonio.
Ant. Guarde, Cleopatra, tu hermosura el
Cleop. Vete, Cayman. (Cielo.
Caym.

Caym. Obedecerte intento. *Vase.*
Cleop. Vete, Lelio. *Lelio.* Si haré. *Vase.*
Cleo. Tomad asiento. *Siéntanse sin mirarse.*
Anton. Cleopatra valerosa,
(segun dice la fama, muy hermosa,
que es lo que ahora ménos te asegura,
pues yo no he de rédirme á tu hermosura)
Reyna de Egipto (no como solia,
porque hoy ha de ser mia Alexandría)
yo vengo (así una ofensa restituyo)
á llevarte á mi Reyno por el tuyo.
Cleop. Marco Antonio imprudente,
para los cobardes muy valiente,
y segun el clarin armonioso,
para con infelices venturoso:
no Rey del Asia ya, como solia,
porque el Asia tambien ha de ser mia:
vuélvete al mar salado,
si no quieres, quedando aprisionado
en mi Reyno, que llama Europa suyo,
que vaya luego á conquistar el tuyo:
Que á Lépido he vencido, no lo sabes?
Ant. Dióle sepulcro el mar á ochenta naves.
Cleop. A Octaviano venció mi brazo airado.
Anton. El se dexó vencer de enamorado:
tus ojos me contó que le rindieron.
Cleop. Pese á mis ojos, si ellos le vencieron:
viven ellos, que al Sol causan enojos,
que no te he de enseñar á tí mis ojos,
porque al verte vencido, *Levántase.*
no digas que mis ojos te han rendido.
Ant. Pues yo bié sé, quádo á tu luz me llego,
que no puedo rendirme al amor ciego.
Cleop. Aunque verme deseas,
soy mucho yo para que tú me veas.
Ant. Ni he de verte, por no darte, indignado,
los méritos de haberte yo mirado.
Aunque eso dices, responderte puedo,
que no me ves por no tenerme miedo.
Cleop. Y tu valor mirarme no procura,
porque teme rendirse á mi hermosura.
Ant. Y aunque mirara de tu luz el fuego::-
Cleop. Qué hicieras si me vieras?
Ant. Morir luego. *Descúbrese, y se miran.*
Cleop. Vete, apártate, jóven, porque al verte,
estoy viendo la imágen de mi muerte.
Anton. No te apartes, dulcísima homicida,
que en tí miro la imágen de mi vida.
Cleo No sé lo q̃ contemplo al contemplarte,
que me infunde temor para mirarte.
Anton. No sé qué estrella á mi infelice suerte
le ha influido valor para quererte.
Cleop. Qué haré para templarme?
quiero inclinarme, y no puedo inclinarme
Anton Qué contrario es al tuyo mi destino!
no quisiera inclinarme, y mas me inclino.
Cleop. Dí, si eres tan galan, Antonio airado,
por qué hablabas con iras de Soldado?
Anton. Si eres divina, porque amor te crea,
por qué hablabas con señas de ser fea?
Cleo. Hombre, q̃ templas quando das enojos,
no turbes las quietudes de mis ojos.
Anton. Sirena, que me obligas con gemidos,
no turbes la atencion á mis oidos.
Cleop. Antonio, vete: tarde me resisto. *ap.*
Anton. Yo me voy á morir de haberte visto:
O quién de sí se huyera! *Hace que se va.*
Cleo. No te vayas, Antonio, aguarda, espera:
mas cómo el culto á mi deidad profano?
Anton. Mas yo rendido del amor tirano!
Cleop. Ha Soldados, lograd feliz la suerte,
prended á Marco Antonio, dadle muerte.
Anton. En la ocasion aprovechad los brios,
dad la muerte á Cleopatra, amigos mios.
Tocan caxas.
Cleop. Mas tened, no me deis á mí esa herida.
Ant. Mas no la deis la muerte, q̃ es mi vida.
Ay, Octaviano amigo,
qué igual es tu castigo á mi castigo!
No he de tener amor. *Cleo.* No soy amante, Antonio. *Anton.* No puedo, (vete,
que me infundiste valeroso miedo:
mas ya obedezco, voyme al mar salado,
vencido, porque estoy enamorado.
Cleop. Te vas? *Anton.* A Roma vuelvo.
Cleop. O pena mia!
no te vayas, ya es tuya Alexandría,
hazte Señor de su elevado muro.
Ant. No es esa la Ciudad que yo procuro.
Cleop. Qué Reyno?
Anton. El de tus ojos, por quien veo.
Cleop. Tuya es el alma, patria del deseo:
mas, ó pese á mi voz! pese al Dios ciego!
Anton. Mas yo inclinado al amoroso fuego!
Cleo. Dadle la muerte á Antonio mi enemigo
Anton. Estrenad en Cleopatra mi castigo;

mas tened, no me deis á mí esa herida.
Cleop Mas no le deis la muerte, q̃ es mi vida.
Anton. Quédate. *Cleop.* Ya me voy.
Anton. Infeliz suerte!
Cleop. No has de volver á verme?
Anton. No he de verte.
Cleop O quánto duda amor!
Anton. Quánto amor yerra!
Los 2. Guerra cótra el amor, al arma guerra.

JORNADA SEGUNDA.

Dentro ruido de desembarcar.

Octav. Ya no manda el timon, y ya la quilla
encalló en las arenas de la orilla.
Lepido. Dexad zafa la escota y chafaldete.
Irene. Amaynad la mesana y el trinquete.
Lep. Vaya la lancha al pie de aquella sierra.
Octav. Lépido, Irene y yo, tomémos tierra.
Irene. Ancora al mar. *Lep.* Sobre la espuma
se meze la ligera Capitana. (cana
Octav Y las demas, qué iguales
azotan con los remos los cristales!
Irene. Favorable nos fué la mar y viento.
Lep. A levante boga. *Oct.* Iza á barlovento.
Salen Octaviano, Lépido y Irene.
Irene. Salta sobre el peñasco de esa sierra.
Octav Beso mil veces la florida tierra.
Lepido. Beso la madre de los hombres pia.
Irene. Esta es la playa pues de Alexandría,
la que al Mediterráneo tiene á raya.
Octav. Mas parece de Chipre aquesta playa.
Irene. Salva te hacen dulces Ruiseñores.
Lepido. Sin duda es esta patria de las flores.
Octav. El olfato y la vista á un tiépo estrena
fragrancia y candidez de la azucena.
Irene. Alegre está la vista y el olfato.
Octav. No vés, Irene, al Sol arder ingrato?
Irene. Ingrato? *Octav.* No le vés con luz her-
galanteando la purpúrea rosa; (mosa
que preside á otras flores peregrinas,
y al ver que se defiende con espinas,
no por ser tan hermosa la pretende,
sino porque la ve que se defiende?
y á Clicie, que en sus rayos se habilita,
porque ve que la sigue la marchita?
Iren. Y yo, al ver que la dexa, en mí contéplo
de Clicie y Sol un infelice exemplo;
que si Antonio me dexa desdeñoso,
yo vengo á ser la Clicie de mi esposo.
Octav. Lépido, amigo mio, Irene bella,
tú Sol del Asia, tú de Europa Estrella,
atendedme los dos lo que os advierto:
Ya os acordais los dos, que fué concierto
de venir á buscar á nuestro amigo,
siendo nuestra amistad el fiel testigo,
dado caso que Antonio no llegase
dentro de un año á Europa, ó q̃ no enviase
nuevas de su ruina ó vencimiento,
ó ya la fama lo contase al viento,
ó ya fiase sus victorias solas
Neptuno á la inconstancia de las olas.
Lep Un año el tiempo fué quedó aplazado.
Octav. Pues ya sabeis, q̃ el año se ha pasado,
sin que, por mas riesgo ó mayor gloria,
sepamos su ruina ó su victoria:
y tal vez he pensado,
ó que hidrópico el mar se le ha tragado,
ó que cruel Cleopatra, aunque divina,
reliquias no dexó de su ruina:
ó será, pues triunfante no le aclama,
que su clarin se le quebró á la fama;
y como nuestro crédito desmaya
con las naves que surgen en la playa,
y con la hueste, que mi espada anima,
á discurrir el mas remoto clima
me códuzco hasta hallar de aquesta suer-
indicios de su vida ó de su muerte. (te
Irene. De esta montaña ahora,
que le acecha las luces al Aurora,
la cumbre altiva discurrir podemos.
Lep. La selva, monte y prado registremos.
Octav. Mirar pretendo en este monte cano,
si alguna poblacion descubre el llano.
Irene. Solo un arroyo aquella selva baña:
desierta se descubre la campaña.
Octav. Estampa no se vé de plantas vivas,
todas las plantas son vegetativas:
tocad al arma, veamos si se altera
al marcial aparato un hombre ó fiera.
Lepido. Toca al arma. *Caxas.*
Octav. Ya suena el metal hueco,
y solo del clarin es susto el eco.
Irene. Aves son las q̃ el ruido han estrañado.
Lep. Un hombre, ó el deseo me ha engañado,
vuel-

vuelto en sí del letargo, huir procura:
ántes que se penetre en la espesura
del prado le llamemos.
Octav. Hombre, aguarda:
Egipcio, qué te turba y acobarda?
Reducirle no puedo.
Lep Mucho es que no tropieces en tu miedo.
Irene. No huyas: darle voces es en vano.
Octav. El que te llama es César Octaviano.
Irene. Parece que á tu nombre reducido,
á su temor aconsejó su oido.
Lep. Ya parece que mueve mas veloces
las plantas al halago de tus voces.
Oct. Llega al favor que esperas de mi mano.

Sale Cayman.

Caym. Dame tus plantas, César Octaviano.
Oct. Cayman? *Caym.* Lépido? Irene? qué veo!
viendo estoy á los tres y no lo creo:
que se llegó de mi deso el dia! (dría.
Lep. De dónde vienes? di. *Caym.* De Alexan-
Irene. Llegó Antonio? *Caym.* Ya llegó.
Octav. Qué ha sucedido?
Cay. Lo que siẽpre, Cleopatra le ha vencido.
Octav. Vive Antonio? *Caym.* Sí vive.
Octav. Di si es cierto.
Cay. No te estuviera mal q̃ hubiera muerto,
Octav. Qué dices? *Caym.* Lo que digo.
Octav. Muera mil veces yo, viva mi amigo.
Irene. Murió Cleopatra? *Caym.* Sí.
Octav. Desdicha fuerte!
Caym. Pero vive Cleopatra con la muerte.
Octav. Qué gloria! qué contento!
Irene. O pena esquiva!
Caym. No te estuviera mal que fuera viva.
Octav Descíframe este enigma si eres sabio.
Irene. No se yelen tus voces en tu labio.
Lep. Di cómo aquí has llegado?
sácanos á los tres de este cuidado.
Octav. Como leal refiere,
cómo vive Cleopatra y cómo muere.
Irene. Refiérenos, si es cierto,
como es Antonio vivo y como es muerto.
Lep. Ya tu voz esperamos.
Caym. Pues escuchad los tres.
Todos. Ya te escuchamos.
Caym. Ya te acuerdas, que contigo
vine á Egipto, y ya te acuerdas,
que me quedé en la batalla
como espada Genovesas.
Ya dixe, que Marco Antonio
llegó á Egipto; pero apénas
empañó con luces de humo
el Sol de Cleopatra bella,
apénas vió su luz pura,
nunca hasta entónces serena,
quando se quedó mas blando,
que Corregidor que espera,
acabado su trienio,
que le tomen residencia.
Quiso, volviéndose á Roma,
fiar al viento las velas,
y á su constancia fiar
aquel apagado etna,
que va forjando en el alma
minas, que tarde rebientan.
Pero el ligado velamen
aun no á los vientos entrega,
quando á detenerle sale
Cleopatra en una galera;
sus árboles plata fina;
las gavias de oro; las cuerdas,
drizas, escotas, volinas
de cordones de oro y seda;
la popa évano y marfil;
y en igual correspondencia,
del terso cristal de roca
diáfanas las vidrieras.
Iba la chusma adornada
de mil recamadas telas,
á quien, aunque tarde, supo
perfeccionar la tarea.
Los Soldados de esta nave
cincuenta Cupidos eran,
que á corazones de bronce
disparaban mil saetas:
En la cámara de popa
mil suavísimas sirenas
cantaban, amor, amor,
que esta era su dulce guerra.
Cleopatra, en un trono de oro,
cuyos diamantes pudieran
exceder quantos el Sol
purifica y alimenta,
esperaba á Marco Antonio:
pasó Marco Antonio á verla,
dixo, que de agradecido;

y yo le dixe: no creas,
que hay quien no teniendo amor,
sepa agradecer finezas.
Trinaron suaves voces
mil amorosas endechas,
cuyo compas en las aguas
llevaba la palamenta.
Surgieron de allí distantes,
presumo que media legua,
y en medio del mar estaban
fixas diferentes mesas
sobre una red, que en las aguas
con tal artificio era
texido metal en lazos,
de obra tan sutil, que al verla,
sufrió el peso y no la vista,
que estaba esta red dispuesta
con fortaleza tan grande,
y con tanta sutileza,
que la dudara la vista,
si el tacto no la creyera.
Expléndida la vianda
colmó el dia: una menestra
traxo deshecha en vinagre,
la mas rica y grande perla,
que el exceso encareció:
el mar, que en conchas platea
perlas, que engendró la Aurora
legítimamente netas,
no produxo perla igual;
tanto, que se halló quien crea,
que valia una Ciudad;
y esta fué la vez primera,
que en los méritos quedase
la comparacion modesta.
Pez escondido en las grutas,
ave, que el Cielo penetra,
fiera, que el monte discurre,
fruta, que el árbol franquea,
raiz, que la tierra esconde,
manjar, que la gula inventa,
cristal, que el Sol purifica,
licor, que en los años medra,
de estos dos Dioses del mundo
fueron ambrosía y nectar.
Delicias de los manjares,
viendo festiva á su Reyna
(como es en las ocasiones
el que mas se desenfrena)
pareciéndoles, que ya
tiene amor Cleopatra, empiezan,
para hacer bien de las suyas,
á hacer mal de las agenas.
La casta anciana, que estuvo
en su atencion recoleta,
sabiendo lo que ha perdido,
no quisiera ser tan vieja.
La viuda tambien buscaba
un susbstituto, que lea
en su cátedra del sexto
del propietario la ausencia.
En disolucion tan libre,
trocados los frenos vieras,
las solteras muy casadas,
la casadas muy solteras.
Tan iguales voluntades
corrieron en esta era,
que á mas de cien mil Tarquinos
no se encontró úna Lucrecia.
La tórtola enamorada,
la dulce paloma tierna,
por ser aves que amar saben,
las arrullan y gorgean.
La azucena y el jazmin,
símbolos de la pureza,
les daban humo á narices,
que solo del gusto eran
la yedra, por ser lasciva,
por madre, la madre selva.
Y si era ley en Egipto,
que en fuego material muera
la muger que tenga amor;
Cleopatra, ménos atenta,
otra ley ha promulgado,
para derogar aquella;
y es, que saquen á quemar
á la muger que no quiera
Vénus y Baco, dos Dioses
de costumbres no muy buenas.
Vénus, hizo dar traspies;
Baco, hizo dar trascabezas.
En fin, Antonio y Cleopatra
en Alexandría entran
ya del Pueblo murmurados,
que es quien ántes los celebra.
O Plebe (la dixe entónces)
quién

quién puede ser que te entienda!
quéjaste si el Rey es bueno,
y sino es bueno te quejas.
Mañana otra vez querrás
gozarte en delicias nuevas,
pues ni la virtud te agrada,
ni del vicio te contentas.
A Marco Antonio Cleopatra
miraba muy fina y tierna,
y no con buena intencion:
que quando una muger llega
á repasar á un galan
el talle, los pies y piernas,
de tener mucha atencion
anda un poco desatenta.
Mirábala Antonio, como
el que conocer desea
á alguna persona, y no
acaba de conocerla.
Llegaron á su Palacio,
y para que de esta guerra
durase la paz deseada,
solos los dos, sin que hubiera
quien mediase en estas paces,
entraron á asentar treguas:
los dos dicen que allá dentro
tuvieron mil diferencias
sobre el modo de la paz,
porque duró esta contienda
mas de un mes, en que los dos
no salieron de una pieza,
hasta dexar de una vez
hechas las paces y treguas.
Pues mirad si Antonio es muerto,
pues murió á la confidencia
de tu amistad, y mirad
si tambien Cleopatra es muerta
del amor::- *Octav.* Deten el labio,
miente tu atrevida lengua,
Antonio es mi fiel amigo,
yo adoro á Cleopatra bella:
para mí conquista Antonio
esta inexpugnable fuerza,
que con firmes desengaños
se fortalece y pertrecha.
Caym. El no sabe que la adoras?
Octav. Sabe el Cielo, viento y tierra,
que respira el alma mia
por los alientos de aquella.
Caym. Pues Antonio fué traidor.
Octav. Es mi amigo. *Lep.* No lo creas;
porque en llegando al amor,
no hay amigo que lo sea.
Caym. Quieres ver el desengaño?
á tu hermana, que fué prenda
y premio de tu amistad,
repudiar quiere, é intenta
dar la mano á Cleopatra.
Irene. Cierra el labio, infame, cierra,
que de tu boca atrevida
sabré arrancarte la lengua.
A mí despreciarme Antonio?
Cómo puede ser que sea
sacrificio de la sombra,
quien fué de la luz ofrenda?
Antonio me quiere á mí.
Caym. Bien puede ser que te quiera,
pero mas quiere á Cleopatra.
Irene. Mientes.
Caym. Y porque agradezcas
mi lealtad::- *Iren.* Habla, qué aguardas?
Caym. Un mes ha, que en esta selva
estoy escondido, solo
porque dixe en su presencia,
que por qué hacia contigo
una ingratitud tan fea?
Irene. Te quiso dar muerte? *Caym.* Sí.
Irene. Y dime, sabe la Reyna,
que es Marco Antonio mi esposo?
Caym. No lo sabe. *Irene.* Pues no creas
que ella le quiere. *Caym.* Señora,
sí le querrá, porque él y ella,
él está por ella ciego,
y ella por él está tuerta.
Ya estaba para decirle::-
Octav. Calla, villano, la lengua.
Caym. Pues yo me voy, déxame
volver á buscarle. *Octav.* Espera:
y adónde está Marco Antonio?
Caym. Estará de aquí dos leguas,
en una Quinta á quien baten
del mar las olas soberbias.
Octav. Sabrás guiarnos? *Caym.* Sí sé.
Octav. Pues por las puras estrellas,
que errantemente volando
son celestiales cornejas,

pues siendo del Sol su luz,
dan luz con la luz agena::-
Irene. Por esa antorcha segunda,
que ya pálida ó serena,
obscurece siempre viva,
está ardiendo siempre muerta,
que he de dar sangrienta muerte::-
Octav. Que he de darle muerte fiera
al ingrato amigo. *Irene.* Al falso
burlador de mi belleza.
Octav. Fálteme la luz del dia::-
Irene. El centro no me consienta::-
Octav. Los cuchillos de hambre y sed
no me maten y me hieran::-
Irene. Sol y Luna me amenacen::-
Octav. No me alumbren las estrellas,
hasta que en su roxa sangre::
Irene. Hasta que hidrópica beba::-
Octav. Apaguen su sed mis iras.
Irene. El roxo humor de sus venas.
Octav. Muera el alevoso Antonio.
Irene. Antonio alevoso muera.
Lep. Supuesto que es una causa
la que á los dos nos empeña
para dar muerte á ese aleve,
tú puedes marchar por tierra,
y yo por el mar ahora
sitiaré la Quinta. *Octav.* Ea,
Lépido, mi solo amigo,
á embarcar. *Lep.* Desde hoy empiezan
á vengarse mis desdenes.
Irene. Toca á marchar. *Lep.* Toca á leva:
muerto Antonio, será mia
Irene, aunque amor no quiera. *Vase.*
Octav. Vé delante. *Caym.* Ya yo voy:
seguidme. *Vase.*
Octav. Irene, qué esperas?
Irene. Seguiré tus pasos. *Octav.* Ven.
Irene. Tu mismo enojo me alienta.
Octav. Muera ese traidor amigo,
que á los dos ofende. *Irene.* Muera.
Octav. Zelos y agravios me irritan.
Irene. Venganza y zelos me llevan.
Octav. Ninguno fie en amigo.
Irene. Ninguno en amantes crea. *Vanse.*
Salen por una puerta Lelio y Cleopatra, y por otra Antonio y el Capitan.
Cleop. Dexadme, Lelio. *Lelio.* Señora,
mire vuestra Magestad::-
Anton. Dexadme, Octavio. *Cap.* Mirad::-
Lelio. No os dexeis llevar ahora
de una amorosa pasion.
Cleop. Ya os digo, que me dexeis.
Anton. Idos. *Cap.* A Octaviano haceis
una ofensa, una traicion.
Lelio. Que han de quitaros, pensad,
el Reyno. *Anton.* Eso solicito:
nunca reyne yo en Egipto,
y reyne en mi voluntad:
esta es mi resolucion.
Cap. Tú, brazo diestro de Marte,
del amor dexas llevarte?
Anton. Dices bien, tienes razon.
Lelio. Tú, que inventaste el desden,
sujeta al amor tirano?
Cap. Tú, enemigo de Octaviano?
Cleop. Bien me dices. *Anton.* Dices bien.
Lelio. El Reyno es mas poderoso.
Cap. Mira que Irene podria::-
Anton. No será Cleopatra mia.
Cleop. No será Antonio mi esposo.
Cap. Que han de dar la muerte, advierte,
á Cleopatra tus Soldados.
Lelio. Tus Soldados, conjurados,
á Antonio quieren dar muerte.
Cleop. Cómo á tu advertencia tardo?
Anton. Tomar un consejo quiero.
Cle. Vete, Lelio. *Lel.* Aquí te espero. *Vas.*
Anton. Vete, Octavio.
Cap. Aquí te aguardo. *Vase.*
Anton. Temple el valor este fuego.
Cleop. Hoy este volcan reprimo.
Anton. Esto ha de ser, yo me animo.
Cleop. Si esto ha de ser, yo me llego.
Marco Antonio, honor de Europa,
infelice dueño mio,
espejo en quien se miraron
mis potencias y sentidos:
Ya sabes, que desde el dia
que te vi, quedó rendido
mi valor tanto á tu fama,
tanto á tu amor mi retiro,
mi desden tanto á tu queja,
tanto á tu fe mi alvedrio,
que en quererte y no quererte,
ya abrasados ó ya tibios,

los

los hizo estar mas amantes
el mismo estar mas remisos;
y en un jardin una noche,
que con sueño cristalino,
para murmurarnos luego
se hizo un arroyo dormido,
obligándome con ansias,
quejándote con cariños,
atreviéndote con miedos,
llegándote con desvios;
al verme á mí con desdenes
usados y no sentidos,
anduviste tan cortes,
que no pareciste fino.
Y aunque respeto es amor,
dixe acá para conmigo:
el amor que no está ciego,
no es amor, que está muy tibio.
Desde entónces, desde entónces
(mi memoria es mi enemigo)
no sé qué veneno al alma
se me entró de haberte oido,
que quejas á media voz
son los mayores hechizos,
pues mis ojos que son tuyos,
envidiosos de haber visto,
que no entrase amor por ellos,
y entrase por los oidos,
con el oido trocaron
un sentido á otro sentido,
tanto, que oigo por los ojos,
y miro por los oidos.
Tú dixiste que me amabas,
yo te adoro, ya lo digo;
y aunque hago mucho en quererte,
vengo á hacer mas en decirlo.
Ya pues quando nuestro amor,
con estar muy ciego, quiso,
que enmiende sabio Himeneo,
lo que erró ciego Cupido;
contra mí el Reyno conspira,
que es ley antigua en Egipto,
que no puedan los Romanos
casarse con los Egipcios.
Y como violar no puedo
los Estatutos antiguos,
y á tu vida, que es la mia,
amenazan dos peligros,
de perderte y de perderme,
una muerte y dos martirios;
vengo á rogarte, señor,
con el llanto cristalino,
que á mis temores congelo,
y á tus ardores derrito,
que te vuelvas á tu Reyno,
que así por mi vida miro,
pues no podré yo morir,
sabiendo que tú estás vivo.
O mal haya el cazador,
que en el recatado nido
las tórtolas espantó,
que amor unió pico á pico!
Mal haya el que astuto sabe,
para que fallezca limpio,
poner en la verde gruta
lazos de arena al armiño!
Huye, señor, huye, Antonio,
fia á los vientos el lino,
que si te faltaren ellos,
yo te enviaré mis suspiros.
Darte la muerte pretenden
mis vasallos ofendidos,
yo te pierdo, yo te adoro.
Anton. Señora::- *Cleop.* Ten el cuchillo
de tu voz, no me atraviesen
tus pasiones los sentidos,
que la venda de los ojos
me la pasaré al oido.
Anton. Ay rosa que brotó el Mayo
entre sangrientos espinos,
que ha enfermado de la noche,
y no sanó del rocío!
Pluguiera á tus dulces ojos,
Dioses que idolatro mios,
á cuyas aras rendí
deseos por sacrificios,
que ese fuese solo el mal
que yo siento. *Cleop.* Mas activo
dolor es haber de perderme,
si quererte determino.
Anton. Ese mal tiene el remedio
dentro del mismo peligro,
si tienes para vasallos
á mi amor y mi alvedrio.
Substituye la Corona
de Alexandría y Egipto

á la de Roma, que yo
pusiera á tus pies invictos,
si á no haber un grande riesgo,
huyendo á Roma conmigo,
pudieras::- *Cleop.* Mayor dolor,
mas vivos tiene los filos
este cuchillo que dices?
responde, Antonio. *Anton.* Mas vivos.
Cleop. Acaba, refiere el riesgo:
en qué te suspendes? *Anton.* Digo,
que Octaviano (quién pudiera
decírtelo sin decirlo!)
te quiere, y que yo te adoro,
que es mi amigo y yo su amigo,
que me ha fiado su amor,
que á Alexandría he venido
á conquistar tu belleza,
para que él te goce fino;
que será traicion quererte,
que no quererte es delito,
que Irene su hermana es
mi esposa, que si prosigo
en solicitar tus ojos,
por cuyas luces respiro,
mis propios Soldados son
mis mayores enemigos.
Si llevarte quiero á Roma,
mi ruina solicito,
pues vengo á ser, si lo miras,
con los dos á un tiempo mismo,
con Irene falso amante,
y con él traidor amigo.
Irme á los brazos de Irene,
es morir en fuego tibio:
ir de Octaviano á la queja,
es confesar mi delito.
A mí tus vasallos quieren
darme la muerte ofendidos:
irritados solicitan
darte la muerte los mios.
No quererte, es inconstancia;
morir á tu amor, delirio;
irme sin tí, es darme muerte;
muerte es quedarme contigo.
Pues qué he de hacer me aconseja
en extremos tan precisos,
pues quedándome te pierdo,
y yéndome te he perdido?
Cleop. Traidor, infame, villano,
Romano cruel, indigno
de adorar estos dos soles,
que á tus ojos les permito,
de quien son devotamente
tantos corazones Indios:
dime, si de otra hermosura
eres dueño tan preciso,
cómo atreviste tus lazos
para que no fuesen mios?
Cómo, ingrato, cómo pagas,
quando esta pasion te fio,
con unos zelos villanos,
un amor tan bien nacido?
Vivo yo, Deidad humana,
Diosa de los alvedrios,
que pues zelos me ocasionas
quando mi amor significo,
que del puñal de los zelos
has de estrenarte en los filos.
Tú no dices, que no puedes
(no sé como lo repito!)
dexar de querer á Irene?
pues hoy de Octaviano admito
el amor para premiarle;
que pues tú mismo me has dicho,
que falso adoras á Irene,
y que él me idolatra fino,
con dar á Octaviano el premio,
te he de dar á tí el castigo.
Anton. Decirte que la aborrezco,
es para tu amor delito?
Cleop. Decirme que eres su esposo,
es decir que la has querido.
Anton. Y decir que á tí te adoro,
no es decir que á Irene olvido?
Cleop. No me quieras, porque soy
tan vana, que no permito,
que sea mi fino amante
el que no puede ser mio:
que aunque yo le adore, y él
me adore á mí mas activo,
si de mis zelos me abraso,
de mi vanidad me entibio.
Anton. Yo quise á Irene, mas fué
ántes que te hubiese visto:
vi tu hermosura, y quedé
á tu hermosura rendido.

No

No se estimara á la luz
á no haber sombra ; el Sol mismo,
á no haber funesta noche,
no fuera tan peregrino.
Cómo estimará el clavel
quien no ha visto el azul lirio?
Admiracion dará el mar
á quien solo ha visto el rio.
A no haber Diciembre helado,
qué fuera el Abril florido?
Todos los opuestos lucen
de los opuestos al viso:
la virtud , virtud no fuera
á no ser contrario el vicio.
Luego á tí te está mejor,
que á otra sepa haber querido,
para que de aquella noche
seas el Sol , seas del lirio
clavel , sombra de la luz,
Abril del Diciembre frio,
mar de aquel rio ; y en fin,
seais las dos , quando os miro,
ella Invierno , lirio y sombra,
tú Sol , mar , clavel y Estio.
Cleop. Pues si has hallado la luz,
repudia la sombra. *Anton.* Digo,
que repudio la que llamas
mi dueño , y á tí te admito.
Cleop. Pues ya aborrezco á Octaviano.
Anton. Yo no tengo mas amigo,
que á mi dama : di , qué haremos?
Cleop. Que huyendo los dos de Egipto,
por las Provincias del Asia,
apelemos al asilo
de los montes , y á que en ellos
nos den las grutas abrigo.
Qué Reyno como gozarte?
Anton. Tu vasallo es mi alvedrio:
huyamos, Cleopatra. *Cleop.* Huyamos,
pues en lecho cristalino
descansa el Sol del afan
con que visitó á los signos;
y pues de esa hermosa Quinta
á este prado hemos salido,
á quien le dispara el mar
trabucos de pluma rizos,
en una Galera tuya,
de los vientos al arbitrio,
visitemos las Provincias,
que el rumbo ha desconocido.
Anton. Pues para que mis Soldados
no te den muerte , es preciso
que vaya á avisar á Octavio
un Capitan fidedigno,
á quien fié este secreto:
aquí has de esperarme. *Cleop.* Oy sigo
por el norte de tu amor,
de tu verdad el camino:
serás mi esposo ? *Anton.* Si soy:
me quieres? *Cleop.* Tanto , bien mio,
desde ahora en cierta parte
me he holgado de haber tenido
zelos , que con solo amor
estaba el fuego remiso,
y con la materia zelos,
tanto mi amor se ha encendido,
que como quererte mas
era solo mi destino,
les agradezco á mis zelos
todo esto que mas te estimo.
Anton. Y yo , Cleopatra , me huelgo
de haberte tambien oido,
que á Octaviano has de querer
si te ofendo , pues si impios
los luceros me influyeren,
que te olviden mis designios,
de miedo de que le quieras,
te querré siempre mas fino.
Cleop. Pues aquí te espero , esposo:
vete , y de paso te digo,
que á muger que quieras bien,
no digas inadvertido,
que hay otro que la pretenda,
que amor es todo delirios,
y no hay muger tan constante,
(yo que lo soy , te lo aviso)
que la pese que la quieran:
que hay unos zelos creidos,
y por venganza ó por tema
habrá muger de capricho,
que premiará al que la quiera,
por triunfar del que ha querido.
Anton. No hay riesgos en tu constancia?
Cleop. Mi fe y mi amor son testigos.
Anton. A solo tu premio anhelo.
Cleop. Solo á tu consejo aspiro.

Anton.

Ant. Voy al mar. *Cleop.* Aquí te aguardo:
ve sin ruido. *Anton.* Así te sirvo.
Cleop. Sin tí no quiero la vida.
Anton. Venga la muerte contigo. *Vase.*
Cleop. En tanto que Marco Antonio
vuelve, en el frondoso sitio
de estos laureles, que son
de aquel arroyo narcisos,
quiero ocultarme: yo llego;
pero aquí siento ruido:
á estotra parte podré
ocultarme, si benignos
me permitiesen los Cielos
lograr los intentos mios. *Escóndese.*
Salen Octaviano, Irene y Cayman.
Caym. Llega paso, y pisa quedo.
Octav. Ya piso con tal primor,
que los pasos del valor
parece que los da el miedo.
Caym. La Quinta es esta que os digo:
y aquesta donde idolatra
á tu enemiga Cleopatra
Marco Antonio tu enemigo;
esta es su campaña amena,
y este es un monte eminente,
á quien el mar obediente
besa las plantas de arena. *Pisa quedo.*
Irene. Bien mi industria se previene;
vengaréme de un villano.
Caym. Llega, César Octaviano,
llega, bellísima Irene.
Al paño Cleop. Hay mas infeliz estrella!
mas sospechas en que pene!
Aquella voz dixo Irene,
Octaviano dixo aquella.
Cómo aquí, divinos Cielos,
mis contrarios han venido?
Luego dexara el oido
de encontrarse con los zelos.
Octav. Dime, Cayman, no fué aquí
donde osada y valerosa
Cleopatra cruel y hermosa
me dió la batalla? *Caym.* Si.
Octav. Cielos, mis zelos vengad.
Irene. Pues la Luna se escondió,
dí, por donde podré yo
embestir á la Ciudad?
que el vencimiento seguro
mis crueldades amenazan.
Octav. No ves que el ayre embarazan
las presunciones del muro?
Caym. Por estas sendas mayores
guie tu enojo á tus pies,
porque en el prado que ves
hay mas áspides que flores:
por donde pisas advierte,
lleva atentos los rezelos.
Irene. Mas áspides son mis zelos,
y no me han dado la muerte.
Octav. Varias voces ha escuchado
mi cuidadosa atencion:
qué luces distantes son
las que se ven en el prado?
Caym. En dia tan singular,
tan comun es la alegría,
que anda suelta Alexandría,
y no hay quien la pueda atar.
A quanto se ve de aquí,
todo tu cuidado atienda:
allí hay música y merienda,
bayle allí, juegos allí:
no hay mozo que no retoce,
aquel de ochenta se pierde
por salir á darse un verde
con la muchacha de doce.
Mira aquella vieja lince,
que con rostro arrebolado
sale á darse un colorado
con el muchacho de quince.
Ella hacer trampas intenta,
que ha de engañarle rezelo:
oiga el diablo del mozuelo,
qué bien que juega á setenta.
Aquella dama avestruz,
tres digiere, y á uno ama;
ó qual será aquella dama,
pues aquel mata la luz!
Qué pocos galanes nones
olvida el amor cruel!
qué mala razon da aquel
de haber hecho mil razones!
Octav. Entre estos frondosos ramos,
partos de la ruda arena,
una voz pienso que suena:
oigamos, Irene. *Irene.* Oigamos.
Cant. Dent. La Vénus de Alexandría,

y el Romano mas dichoso,
bebiéndose están amantes
las dos almas por los ojos.
De Octaviano, que es su amigo,
faltó á la fe y al decoro,
que en estando el amor ciego,
no ve la amistad tampoco.
Octav. Por eso indignado y fiero,
como es tanta mi pasion,
para esa ciega traicion
traigo yo lince el acero.
Cantan. Repudió á Irene su esposa,
en sus brazos amorosos:
ya es Antonio de Cleopatra,
y ya es Cleopatra de Antonio.
Irene. Pues vengarme de él espero,
Antonio aleve y tirano,
que si me faltó tu mano,
no me faltará mi aceró.
O voz! corrige el error
con que irritas mis desvelos:
si no sabes de mis zelos,
por qué me cantas mi amor?
Octav. Voz, no penetres veloz,
el uno y otro sentido.
Irene. Que se criase el oido
para sufrir esta voz!
Octav. Lépido parece ya
que á las naves embistió.
Irene. Iré al muro? *Octav.* Irene, no.
Irene. Ardiendo la mar está
en llamas accidentales:
un volcan la playa es. *Fuego dentro.*
Octav. Pues embistamos los tres
Ciudad, Quinta y mar iguales.
Caym. Ya es tiempo de huir.
Irene. Tirano,
cobrar la venganza juro.
Octav. Irene, acomete al muro.
Irene. A abrasar la Quinta, hermano.
Octav. Pues con tus Soldados parte:
ea, Irene, ve á embestir,
Caym. Ea, gran Cayman, á huir.
Irene. Ea, Octaviano, á vengarte. *Vans.*
Sale Cleopatra. Exército numeroso
ocupa la tierra y mar:
adónde podré encontrar
á Marco Antonio mi esposo?
El mar arde en humo ciego:
esposo, Antonio, señor,
mariposa es el amor,
que va á morir en el fuego.
Aquí, con nueva crueldad,
mayor incendio te aviva.
Dentro Octav. No quede persona viva,
toda la Quinta abrasad.
Caym. Allí Octaviano tambien
feliz vence y rigoroso:
no fueras tú tan dichoso
si yo te quisiera bien.
Dentr. Iren. Dar la venganza á los Cielos
de mi traicion aseguro.
Cleop. Irene abrasa allí el muro:
fácil es, que lleva zelos.
Murió Antonio, que la herida
de esta mi pasion advierte,
que está cercana su muerte,
pues que se acaba mi vida.
Ruego á los Cielos, pues ya
no hay mas riesgos en que pene,
que sea quien te halle Irene,
que ella no te matará.
Otra vez quiero intentar
mover al viento veloz,
si es que me ha quedado voz
para poderle llamar.
Antonio: el llamarle ha sido
en vano, no me oirá:
ó, la distancia que habrá
desde mi voz á su oido!
Antonio, esposo, señor.
Sale Marco Anton. con espada desnuda.
Anton. Que pueda tanto mi amor,
que dexase la batalla!
Que dexar vencida aguarde
mi gente, y que amor intente
hacer cobarde al valiente,
si hizo valiente al cobarde!
Su voz oí, y mi dolor
es el que me hace volver,
ó esta voz debe de ser
congetura del temor.
Mas para librar su vida
dexo (allí la he de librar)
en las orillas del mar
una nave prevenida.

Cleopatra. *Cleop.* Antonio.
A la par estas dos voces, y ninguno se oye.
Yo he oido
mi nombre al viento veloz:
qué infeliz anda mi voz,
pues la embaraza mi oido!
Anton. Adonde mis voces van,
otras se impiden veloces.
Cleop. Otra vez pruebo las voces.
Anton. Cleopatra. *Cleo.* Antonio. *Juntos.*
Salen Lelio y el Capitan Octavio, cada uno con una hacha.
Los dos. Aquí están.
Cleop. Esposo? *Anton.* Norte á quien sigo?
Cleop. Lelio? *Anton.* Octavio?
Cap. Cómo aquí?
Cleop. Vienes á buscarme? *Lelio.* Sí.
Cap. Conmigo ven. *Lelio.* Ven conmigo.
Cleop. Qué rigor! *Anton.* Qué pena igual!
Cleop. Al que he sentido. *Ant.* Al que lloro.
Cleo. Al que he dudado. *Ant.* Al que ignoro.
Cap. Mayor daño. *Lelio.* Mayor mal.
Anton. Si espera la nave allí,
seré amante el mas dichoso.
Cleop. Si puedo huir con mi esposo,
no hay desdicha para mí.
Cap. De Lépido á la crueldad
la nave vino á abrasarse.
Lelio. La Ciudad quiere entregarse,
si no entras en la Ciudad:
mira que están conjurados.
Cap. Haz que tu valor se aliente.
Anton. Vamos á ayudar tu gente.
Cleop. Ven á ayudar tus Soldados.
Lelio. Advierte, señora:: *Cap.* Advierte::-
Lelio. Que si tu amor le idolatra::-
Cap. Que han de dar muerte á Cleopatra.
Cleop. Que han de dar á Antonio muerte.
Cleop. Donde tú fueres, es bien
que yo muera valerosa.
Anton. Adonde fuere mi esposa
tengo de morir tambien.
Lelio. Sane ahora tu valor
esta penetrante herida.
Cleop. No hacer caso de la vida,
es no estimar el amor.
Lelio. Diez mil hombres tu ira tiene.
Cap. Dos mil Soldados te esperan.
Anton. Lépido y Irene mueran.
Cleop. Muera Octaviano y Irene.
Anton. No quiero, esposa, pues arde
en mí esta ira prudente,
si me has querido valiente,
que me aborrezcas cobarde.
Cleop. Ni yo he de querer ahora,
puesto que importa mi vida,
que me aborrezcas vencida,
pues me amaste vencedora.
Cap. Pues de tu triunfo blasona.
Lelio. Defiende tu muro pues.
Anton. Yo pondré el mundo á tus pies.
Cleop. Yo en tus sienes mi Corona.
Anton. Ea, valiente Deidad::-
Cleop. Pues ea, Antonio valiente,
ve á socorrer á tu gente.
Anton. Ve á socorrer tu Ciudad.
Cleop. Pues voyme, si esto ha de ser.
Anton. Digo, que soy temoroso.
Cleop. Habla, qué temes, esposo?
Anton. Temo, que no te he de ver,
pues somos tan desdichados.
Cleop. Mi constancia te aseguro.
Lelio. Mirad, que se rinde el muro.
Cap. Mira, que huyen tus Soldados.
Anton. Valor este acero tiene.
Cleop. Ya sabe vencer mi mano.
Anton. Mira no te halle Octaviano.
Cleop. Mira no encuentres á Irene.
Cap. Octaviano allí se advierte.
Lelio. Irene allí va á embestir.
Anton. Pues á matar ó morir.
Cleop. A matar ó á darme muerte.
Anton. Amor, hazme venturoso.
Cleop. Zelos, hacedme dichosa.
Anton. El Cielo te guarde, esposa.
Cleop. El Cielo te guarde, esposo.

JORNADA TERCERA.

Suena ruido de guerra, tocan al arma, y dicen dentro.
Libia. Muera César Octaviano.
Irene. La Reyna Cleopatra muera.
Cleop. Dad la muerte á Irene fiera.
Anton. Muera Lépido el Romano.

Octav.

Octav. Hoy probará mi castigo.
Irene. Monte, Prado y Ciudad arda.
Octav. No huyas, Soldado, aguarda.
Caym. No puedo yo mas conmigo.
Irene. Vuelve á la batalla pues.
Octav. Sino quieres embestir,
haz fuerza para no huir.
Caym. Señor, se me van los pies.
Octav. Lépido va derrotado.
Sale Cayman. A socorrerle me arrojo,
en no siendo un hombre coxo,
muy bien puede ser Soldado.
El monte mi abrigo es,
un ave soy por mi mal,
que nadie la ha visto tal,
que soy gallina montés.
Callando aquí, como un Monge,
la lid sangrienta veré:
no hay mayor contento, que
ver una batalla á longe.
Del que embiste y se retira
aquí daré testimonio:
lindo tahur es Antonio,
con todo el mundo se tira. *Caxas.*
Octaviano airado y ciego,
tira (aunque mas la idolatra)
á la gente de Cleopatra
cuchillada de Manchego.
Mas Irene el suyo atiza,
y Cleopatra, mal osados,
con dos mil huevos Soldados
ha de dar en la ceniza.
Lépido volcanes fragua
en el mar, Alcides nuevo,
tambien es Soldado huevo,
que anda pasado por agua.
Antonio en su Capitana,
porque su gente se aburra,
les da una famosa zurra
encima de la vadana.
Yo rabio, yo me endemonio,
que ya no tengo temor
por ir (pues va vencedor)
á ayudar á Marco Antonio.
Pero Cayman, ten sosiego,
oye ahora, mira y calla,
que es vinagre una batalla,
y suele torcerse luego.
Pero súplanme este error
por esta verdad divina:
verdad es que soy gallina,
mas por eso soy traidor.
Pues ser gallina no dudes,
Cayman, sigue tu exercicio,
que no te importa este vicio,
teniendo estotras virtudes.
De Irene allí la crueldad,
ninguna crueldad iguala,
y sin pagar alcavala,
se va entrando en la Ciudad.
La victoria tiene cierta *Caxas.*
Antonio; y Cleopatra airada,
pienso que la ha hecho cerrada,
y Octaviano la ha hecho abierta.
Y en la Ciudad, con tal brio
entra y tal resolucion,
como Juez de comision
en Lugar de Señorío.
Ya está echado el primer fallo,
famosa ocasion perdí:
la Reyna Cleopatra allí
viene huyendo en un caballo
hácia este monte: rezelo,
que huye tambien como yo;
el caballo tropezó:
matóse.
Sale tropezando Cleopatra, con arco y flechas.
Cleop. Válgame el Cielo!
Caym. Levanta, Reyna, si quieres
librarte. *Cleop.* Quién eres, dí?
Caym. Un hombre, que estaba aquí
esperando á que cayeras.
Cleop. Dí en la arena: mas dichosa
no ha podido ser mi suerte.
Caym. Por poco das con la muerte.
Cleop. No soy yo tan venturosa:
dexadme, Cielos, que pene
con sentimiento inhumano,
no que me venza Octaviano,
sino que me venza Irene.
Mas si Antonio con rigor
aborrece tu beldad,
triunfa tú de mi Ciudad,
y triunfe yo de su amor.
Hombre::- *Caym.* Cayman soy.

 Cleop.

Cleop. Tú eres?
dónde está Antonio? *Caym.* En el mar;
y á tu lado me has de hallar,
para huir donde quisieres.
Cleop. Di si ha vencido, si sabes
dar á mi mal un remedio.
Caym. A Lépido abrió por medio
una docena de Naves.
Cleop. De sangre el campo se baña.
Caym. Mis enemigos mayores
hoy se han vuelto corredores,
no de lonja, de campaña.
Cleop. Ya parece, que triunfante
le está el prado obedeciendo.
Caym. Sino es los que van huyendo,
nadie se pone delante.
Cleop. Pues irme con él espero
á templar esta pasion,
pues tan dichosa ocasion
me ha querido dar el Cielo.
No pudo la suerte ahora
trocar su curso enemigo:
Antonio, ya voy contigo.
Caym. Oye, espérate, señora.
Cleop. No se pase mi fortuna;
tenerme piensas en vano.
Caym. Las Esquadras de Octaviano
le acometen una á una.
Cleop. Pues yo le voy á ayudar,
que así mi vida remedio.
Caym. Irene se ha puesto en medio,
y ya no puede pasar.
Cleop. Yo voy. *Caym.* Detente, Señora,
que ya es tu muerte precisa,
y no es la vida camisa,
que se muda á cada hora.
Cleop. O fortuna, cómo irritas
con lo que obligando estás!
Si has de quitar lo que das,
para qué das lo que quitas?
Mi deseo (dulce esposo)
es quien malogra tu suerte;
quién pudiera aborrecerte,
para hacerte venturoso!
La fortuna se ha trocado.
O Cielos, siempre enemigos!
Dent. Ant. No huyais, Soldados amigos.
Caym. Sí huyais, amigos Soldados.
Alguna flecha veloz
mira no te encuentre acaso.
Dent. Irene. Atajad á Antonio el paso.
Cleop. Qué flecha como esta voz!
Caym. Entrarme en la lid prevengo,
si antes corri como galgo;
y ahora que ha escampado salgo,
que yo con quien vengo vengo.
Viva Irene y Octaviano. *Vase.*
Cleop. Quién te pudiera matar!
Irene quiere atajar
en la orilla del Mar Cano
á Antonio: fuerte pasion!
O Cielos, quién la matara!
O si esta flecha acertara
al blanco del corazon!
Dispara una flecha al vestuario.
Mas la indignacion erró
de mi ira mal satisfecha:
á Irene tiré la flecha,
y á Marco Antonio acertó:
mayor pena! mas dolor!
Que permitiesen los Cielos,
que la tirase á los zelos,
y que diese en el amor!
En el suelo cayó herido,
é Irene matarle quiere,
y no le halla; si se oyere
de esta leona el bramido?
Mas amorosa, mas fiera
le voy á resucitar,
ó he de arrojarme en el mar
si le ha dado muerte.
Al entrarse sale Marco Antonio con la espada quebrada, y herido con una flecha.
Anton. Espera,
el llanto y la pena dexa,
que tu dolor aconseja,
dulce y airada homicida,
que si enfermé de tu herida,
ya he sanado de tu queja.
Tú eres quien me heriste? *Cleop.* Sí,
primero muriera aquí.
Anton. Pues quándo (si lo reparas)
las flechas que tú disparas
no me han penetrado á mí?
Cleop. Vencióme Octaviano airado.
Anton. Irene de mí ha triunfado.
Cleop.

Cleop. O fortuna rigurosa!
tú me has hecho mas hermosa,
y yo á tí mas desdichado.
Anton. Airado el Cielo maldiga
la cruel mano enemiga
del villano Labrador,
que no perdonó la flor
yendo á castigar la espiga.
Cleop. Pues mi fortuna no medra,
no tenga en las suyas medra
el que degolló arrogante
al olmo, verde gigante,
por las culpas de la yedra.
Anton. Mátele otra fiera ardiente
al que cautelosamente
estorbó, fiero animal,
la fatiga del panal
á la abeja diligente.
Cleop. En fin, por mi causa mueres!
Anton. Tú mi suerte y mi luz eres,
esa es, Cleopatra, mi dicha.
Cleop. En que tienes mi desdicha
echo de ver que me quieres.
Dentro. Octav. Buscad en el monte.
Dentro Irene. Al llano.
Anton. Escaparnos es en vano.
Octav. Antonio entró en la espesura.
Cleop. Allí Irene te procura.
Anton. Allí te busca Octaviano.
Cleop. Pues desde esta roca quiero
arrojarme al mar primero,
porque mi valor me esfuerza
á no rendirme á mi fuerza,
ya que me rendi á un acero.
Anton. Pues para que mi enemigo,
quando tus dos soles sigo,
nó pruebe en su amor sus lazos,
esposa, dame los brazos,
que voy á morir contigo.
Cleop. La mar nos guarde espumosa.
Anton. Hay suerte mas rigurosa!
Cleop. Hay amor mas inhumano!
ea, no me das la mano?
Anton. Y el alma con ella, esposa.
Cleop. Di, quién puede ser aquel,
que estorbe amor tan fiel?
Anton. Quién impedirá este amor?
Vanse á abrazar.

Salen Octaviano por una puerta, y Irene por otra, Octaviano toma de la mano á Cleopatra, y Irene á Antonio.

Irene. Yo lo impediré, traidor.
Octav. Yo lo estorbaré, cruel.
Anton. Hay mas riesgos en que pene!
Cleop. Siempre un mal tras otro viene.
Anton. Quejaréme á Amor tirano.
Cleop. Suéltame, César la mano.
Anton. Suéltame la mano, Irene.
Octav. Ingrata, á luz que es tan bella,
si en tu mano está mi estrella,
con ella me he de vengar.
Sacan las dagas Irene y Octaviano.
Irene. Mi mano te he de dexar
para matarte con ella.
Octav. Muera un amigo, que fué::-
Irene. Muera este traidor, que ha hecho::-
Octav. Detén, Irene, el puñal.
Irene. Suspende, hermano, el acero.
Octav. Yo he de dar la muerte á Antonio,
cobrar la venganza debo
de una traicion y un agravio
de mi amor. *Irene.* Yo de un desprecio.
Ant. Dadme á un tiempo los dos muerte,
que aunque os indigneis, sospecho,
que no me podreis matar,
solo porque lo deseo.
Cleop. Pues ya que darle una muerte
intenteis, yo os aconsejo,
que Irene dé muerte á Antonio,
y á mí Octaviano, que es cierto,
que quien á mí me dé muerte,
da muerte á Antonio, supuesto
que son mi vida y la suya
una vida en dos sugetos.
Pues en las dos vuestras iras
aprovechen el acero;
en él, porque te ha ofendido;
y en mí, porque te aborrezco.
Octav. Tú, Cleopatra, me aborreces
por estrella, y yo no puedo
hacer que me quieras bien;
pero puedo, por lo ménos,
dar muerte á un traidor amigo,
que al fiarle mis secretos,
traidor del alma usurpó

los tesoros de mi pecho.
Si le doy la muerte airado,
de mí es de quien mas me vengo,
pues dándote á tí la muerte,
me doy la muerte á mí mesmo.
Pues él muera y vive tú,
pues de esta suerte aprovecho
á mi amor esta experiencia,
y á su traicion este exemplo.
Muere, infame.

Irene. Tente, aguarda:
mi esposo es este y mi dueño;
y pues de su amor te acuerdas,
acuérdate de mis zelos:
Cleopatra muera y él viva;
quítale tú este contento
de ver que vive á quien quiere,
y déxame este consuelo,
que con quitarle la vida,
no me evitas el desprecio.
Muera de mí despreciado
el falso Antonio, viviendo;
perdona tú su traicion,
que no estarás satisfecho
tanto en matar á un traidor,
como en que conozca el Pueblo,
que hiciste como quien eres,
si él como traidor ha hecho.

Anton. Daréme yo á mí la muerte.

Octav. Traidor, falso compañero,
ya que hiciste la traicion,
no confieses que la has hecho.

Cleop Pues qué traicion hizo Antonio
en quererme? puede él mesmo
hacer violencia á su estrella?

Octav. No, mas puede hacer esfuerzos
para no amarte; y Antonio
te adora con tanto exceso,
que sacrifica á tu oido
las víctimas del silencio.

Irene. Y di, contra mi belleza,
cómo atreviste el desprecio
de repudiar estos lazos,
que tú procuraste estrechos?

Anton El exemplo está á los ojos,
si quieres ver el exemplo.
Nace ciego un hombre, y oye
decir, que hay Sol en el Cielo:
cobra de noche la vista,
y al cobrarla, lo primero
que ve en el Cielo es la Luna:
este es el Sol (dice luego)
que tan hermoso le tuve
presumido en mi concepto.
Sale luego el Sol hermoso,
y al mirar sus rayos bellos,
todo un sentido le dexa
de admiraciones suspenso.
Olvídase de la Luna,
y al ver sus rayos primeros,
repudia como confusos
los que idolatró serenos.
Ciego fuí, cobré la vista,
luna fuiste de mi cielo,
juzguéte sol por entónces,
salió otro sol mas perfecto.
Yo te admiré, no lo dudo;
rayos tienes, no lo niego;
tiénelos el sol mas claros;
y así, Irene, ten por cierto,
que he de adorar este sol,
ó he de volver á ser ciego.

Irene. Yo te quitaré los ojos.

Octav. Tente, que vengarme espero
con la mas nueva venganza,
con el mas raro tormento,
que puede humana pasion
aconsejar al desprecio.
En ese hermoso Castillo,
(ántes de Egipto y ya nuestro)
de tí el mas cruel Alcayde
será Antonio el prisionero.
Yo á la tienda de campaña,
que en ese monte soberbio
la defienden de la vista
las murallas de los fresnos,
quiero llevarme á Cleopatra,
donde á los Cielos prometo
hacerla posible mia
á la violencia ó al ruego.
Tú harás, que segunda vez
te solicite tu dueño,
dando en decentes disculpas
amorosos escarmientos.
Si él, negado á tus pasiones,
si ella, esquiva á mis afectos,

ni él reduce su inconstancia,
ni ella templare mi incendio;
mueran ausentes los dos
al cuchillo de los zelos,
pues ve ella que tú le adoras,
y él sabe que yo la quiero.
No hay amante que no sea
desconfiado, y así es cierto,
que Cleopatra ha de pensar
(si tiene el amor atento)
que es fácil volver á amar
lo que se adoró primero.
Y él presumirá tambien
(si como es amante es cuerdo)
que hará tal vez la porfía,
lo que no hiciera el deseo.
Su desconfianza los hiera,
no el puñal los mate luego,
que tiene muy embotados
la sospecha los aceros.
Y ya que esto no se logre,
no se gocen por lo ménos:
la dolencia de no verse
escarmiente su amor ciego.
Límite tiene el amor,
término tiene su imperio,
mudanza hay en Sol y Luna,
variedad en los Luceros.
Mañana aborrecerá
lo que ahora está queriendo,
y él podrá ser que se acuerde
de la que le quiso un tiempo.
Con que vendremos los quatro,
yo á vivir con el consuelo
de procurar dueño mio
al que he consultado ageno;
tú á vengarte de una ofensa;
él á adolecer de un miedo;
yo á sanar de una esperanza;
y ella á morir de unos zelos.

Irene. Bien dices: ven al Castillo.
Cleop. Echaste á perder con esto,
que le tengo mas amor
en viendo que no le tengo.
Octav. Ven á mi tienda.
Anton. Qué importa
querer apartar el fuego,
si el quererle hacer menor,
es hacerle mas inmenso?
Octav. Eres traidor.
Anton. Soy amante.
Irene. Eres mi esclava.
Cleop. No puedo,
que Antonio, que es dueño mio,
me ha puesto en el alma hierros.
Octav. Qué se ha hecho tu fortuna?
Irene. Tu honestidad qué se ha hecho?
Anton. Pues cómo he de ser dichoso,
si he confesado que quiero?
Cleop. Cómo ha de tener templanza
quien tiene conocimiento?
Octav. Mia serás.
Cleop. Soy de Antonio.
Irene. Sígueme.
Anton. Morir deseo.
Cleop. A Dios, Antonio.
Octav. No le hables.
Anton. Cleopatra?
Irene. Quéjaste al viento.
Octav. Yo rendiré su valor.
Irene. Yo sabré templar su incendio.
Cleop. No dudes de mi constancia.
Antonio. No tengas de mí rezelos.
Irene. Cuchillo hay para esa injuria.
Octav. Puñal hay para ese esfuerzo.
Cleop. Tuya soy, esposo mio.
Anton. Tuyo soy, infeliz dueño.

Vanse Antonio y Irene por una puerta, y Octaviano y Cleopatra por otra, y dice dentro el Sargento.

Sarg. Vaya el gallina á la playa,
que en el rancho no ha de estár,
váyase el galgo á cazar.

Salen Cayman y el Sargento.

Caym. Vaya norabuena. *Sarg.* Vaya,
vaya el que huyó en la presencia
de todos. *Caym.* Señores, quedo,
tomé purga de rui-miedo,
y dióme luego correncia.
Sarg. La liebre se vaya al prado,
que allí hay bien donde correr.
Caym. Por eso no puede ser
un hombre de bien Soldado.
Señores, no hui de vicio,
y culparme no es razon,
que estaba un poco ovachon,

y fuime á hacer exercicio.
Sarg. Ha señor Soldado brioma?
Caym. Señores Soldados nuevos.
Sarg. Póngame aquí un par de huevos.
Caym. Sí haré, como se los coma.
Sarg. Huya usted.
Caym. Ya tengo cuenta:
de esta playa quiero irme.
Sarg. Señor Cayman, quiere huirme
una batalla á las treinta?
Salta montes.
Caym. Qué me quiere?
Sarg. Salta montes. *Vase.*
Caym. Bueno está:
este mi nombre será
para miéntras yo viviere,
con muy honrado renombre
de esta batalla he quedado:
desdichado del Soldado
á quien le ponen un nombre!
Pan un Soldado pidió,
y á un amigo muy seguro
le dixo: teneis pan duro?
y pan-duro se quedó.
Dió con un chuzo un Soldado
á otro un golpe, y otro habló:
con la punta? y dixo él: no,
con la porra le he pegado.
Y fué tan grande la zorra,
que todos con él tomaron,
que desde allí le llamaron
á una voz: daca la porra.
Entro por aquí por ver
si aquí no soy conocido:
gente viene y hay grán ruido.
Escóndese, y salen Lépido, Lelio y el Capitan Octavio.
Lep. De esta manera ha de ser,
atentamente escuchad.
Cap. Lo que intentas no sabré?
Lelio. Habla.
Lep. Yo os lo contaré,
pisad quedo y escuchad.
Ya sabeis, que Marco Antonio
me venció en el mar salado:
y ya sabeis que por tierra
triunfó de Antonio Octaviano.
Ya sabeis, que quise á Irene::-
Lelio. Fué influéncia de los Astros,
Lep. Pues viendo que ella desprecia
un amor, que ha tantos años,
que es roca á su resistencia,
á su constancia peñasco,
vengo á hacer el mayor hecho,
que en hojas de bronce y marmol
á la memoria esculpieron
Escipiones y Alexandros.
Cap. Vienes á robar á Irene?
Lep. Ya mi amor está templado,
y no quiero yo muger,
que solicita otros brazos;
que quando llegue á los mios,
si se acuerda del que ha amado,
será forzoso el cariño,
y violento el agasajo.
Lelio. Qué intentas?
Lep. Vengarme de ella,
y vengarme de Octaviano:
de él, porque le dió á su hermana;
de ella, porque ha despreciado
mis finezas. *Cap.* De qué suerte?
Lep. Pisad quedo y venid.
Lelio. Vamos.
Lep. Yo he de librar á Cleopatra
y Marco Antonio, si el hado
me permitiera benigno
ver mis intentos logrados.
Cap. De qué suerte?
Lep. A ese Castillo,
donde Irene está apostando
un ruego á una resistencia,
y una constancia á un agrado,
envié un Soldado esta noche,
que atrevidamente cauto
le diese á Antonio un papel,
donde digo, que le aguardo
en el mar con una nave,
en que le ofrezco el amparo
de un amigo (si hay amigos
para un hombre desdichado.)
Joyas le envio tambien.
por si con ellas acaso
pudiese doblar las guardas:
y otro papel he enviado
á Cleopatra, y un vestido
de hombre, con que disfrazando
la

la voz y el trage, podrá
huir desde el monte al prado.
Cap. Qué intentas con eso?
Lep. Intento,
que ni Irene ni Octaviano,
ni él logre aquel etna ardiente,
ni ella aquel volcán elado,
para que todos á un tiempo
una experiencia tengamos,
del fuego ella, en que me quemo,
él del yelo en que me abraso,
yo de una venganza honrosa,
y porque no sean entrambos,
Cleopatra tan infeliz,
ni Antonio tan desdichado.
Lelio. Sabe Cleopatra, que á Antonio
avisaste? *Lep.* Ya han llegado
las dos espías, y dicen,
que ya á los dos avisaron.
Lelio. Saben el sitio en qué aguardas?
Lep. Sí saben: con cien Soldados
tú á Antonio espera en el márgen,
que riega ese arroyo manso;
y tú puedes á Cleopatra
esperar con otros tantos,
que yo parto á prevenir
la Nave.
Cap. Pues qué esperamos?
Lelio. A obedecerte partimos.
Cap. Ley es en mí tu mandato.
Lelio. Débate Egipto ese triunfo.
Cap. Débate Roma ese aplauso.
Lep. De Irene me he de vengar.
Lelio. Vengaráste de Octaviano. *Vanse.*
Sale Cayman.
Caym. Qué he de hacer de este secreto,
que le tengo atravesado
en el corazon, y está
dando en el pecho mil saltos
por salirse? Pero yo
habia de ser silvato?
Ser ladron, vaya, que en fin
es oficio aprovechado.
Ser gallina no es peor,
que como un hombre sea sano,
aunque ande con mil valientes,
vivirá doscientos años.
Pero soplon, eso no,
allá se lo haya Octaviano,
con sus zelos se lo coma,
huyan los amantes caros,
que todo lo que es huir,
quando sea necesario,
me parece á mí de perlas,
de diamantes y topacios.
Ahora bien, en este suelo,
pues que la noche ha cerrado,
presumo dormir ahora
tan rendido como largo:
que mi Sargento me ha dicho,
que he de hacer la posta al quarto
postrero, y yo quiero ahora
dormir en todo este ochavo.
Aquí en la playa del mar
tengo de asentar mi rancho,
que corre aquí un vientecillo,
tanto como yo, y es harto.
Sueño de marido pobre
tengo: ahora bien, durmamos,
que yo he cobrado ya fama
para estar durmiendo un año.
Sale Cleopatra con un vestido de hombre debaxo del brazo en lo alto de un peñasco.
Cleop. Con lo obscuro de la noche,
de la tienda de Octaviano,
sin que su oido me atienda,
he salido á este peñasco
á ponerme este vestido
de hombre, que Lépido ha enviado.
Qué callada está la noche!
el inquieto mar qué manso!
esa maleza qué obscura!
todo aquel monte qué opaco!
Cómo me podré librar?
Si irme en este trage aguardo,
no podré, que está cubierto
de centinelas el campo.
Si aquí me estoy, es posible,
que si dispierta Octaviano,
se malogre mi esperanza.
Qué haré, Cielos soberanos,
pues tan cerca de la dicha,
tan léjos del bien me hallo?
Sale el Sargento.
Sarg. Aquí pienso que baxó

Cay-

Cayman, y aunque le he avisado,
que ha de hacer posta, sospecho
que se habrá ido: roncando
está en la playa: ha Cayman?

Caym. Quién llama?

Sarg. Yo le llamo,
venga á hacer la posta.

Caym. Posta?
tan bien como todos la hago,
quando me importa.

Sarg. Así es,
pero venga á hacer el quarto
de la modorra.

Caym. Qué nombre
es el que me da?

Sarg. Octaviano.

Cleop. Octaviano dió por nombre.

Caym. Vamos, seor Sargento.

Sarg. Vamos.

Caym. Si á hacer la modorra voy,
yo me dormiré en llegando.

Vanse los dos.

Cleop. Parece que mas propicio
quiere socorrerme el hado,
pues sé el nombre: sin mudarme
en el traxe de hombre baxo,
y probaré esta fortuna:
sedme favorables, Astros.
El sueño á Octaviano ocupa,
pues con este nombre, en tanto
he de libertar un alma:
noche, infundidle letargos. *Vase.*

Sale Marco Antonio.

Anton. Venció á las Guardas el oro,
salí del Castillo al campo,
que el oro es llave, que ha abierto
los Alcázares mas altos.
En ese monte ha de estar
con cien Soldados Octavio,
esperando á que yo logre
este ardid: valor, huyamos.
Qué obscura yace la noche!
si leer procuro los rayos
de la luz, que escribió el Sol,
no se ve en el ayre un rasgo.
En el mar, el prado, el monte,
la sombra se ha montonado,
y el concurso de las sombras
busca su primero caos.
Por dónde podré pasar
á aquel monte? que he pensado,
que las centinelas mudas
han de corregir el paso.
Buscar por aquí procuro
una senda. *Vase.*

Sale Cleopatra por el monte.

Cleop. Mar salado,
acógeme en tus espumas,
halle en tus aguas amparo
una infelice muger.
Baxé con el nombre al prado,
diéronme paso dos postas,
y á la tercera llegando,
pidió el nombre; yo (que apénas
voy á pronunciarle) tardo,
y respondo Marco Antonio,
yendo á decir Octaviano:
que como este nombre estaba
en mi memoria grabado,
me olvide del que aborrezco,
y repetí el que idolatro:
que puesta en él la esperanza,
quando este fuego disfrazo,
la calentura de amor
salióse en voces al labio.

Dentro el Capitan.

Cap. Cleopatra ha salido al monte,
seguidla todos, Soldados.

Cleop. Todo el campo me ha sentido,
y ya dispierto Octaviano,
sale de la selva al monte.
Este el hecho mas extraño
ha de ser, que hayan oido
los Egipcios y Romanos.
Vaya esta para la mar;

Arroja la ropa y adornos al vestuario.

ya arrastro un amor profano:
vaya á la mar este adorno,
instrumento de mis daños;
sea este puñal aquí

Clava el puñal en la arena.

de mi ruina aparato,
y oiga el mundo mi constancia.
De esta manera, tirano,
no podrás lograr tu amor;
recíbame el mar salado

en

en sus salobres entrañas,
y no me goce Oƈtaviano.
Hace como que se arroja, éntrase, y dice dentro Oƈtaviano
Oƈtav. Cleopatra al mar se arrojó,
baxad todos.
Sale Marco Antonio.
Anton. Ay de mí!
la voz de Cleopatra oí,
ó el oido me engañó.
Si su amor constante ó ciego
la quiso precipitar,
porque apague todo un mar
la que encendió todo un fuego?
Ciertos, como son mis males,
mis evidencias serán,
que sin que haya viento, están
moviéndole los cristales.
Dent. Oƈtav. En el mar está sin duda,
de la tienda se ha arrojado.
Anton. O quién se hubiera quedado
solamente con la duda!
Salen Oƈtaviano y el Sargento con una hacha encendida.
Oƈtav. Venid á la playa.
Sarg. Vamos.
Oƈtav. Que aun no habrá mucho imagino.
Anton. Segunda vez me destino
al abrigo de estos ramos:
Escóndese Antonio.
desde aquí escuchar podré,
ó mi viƈtoria ó mi muerte.
Oƈtav. Hay mas infelice suerte!
sobre la espuma se vé
su vestido y el cendal,
que fué nube á su hermosura.
Sarg. Sobre esa lancha procura
manifestar el christal
del abismo.
Oƈtav. Pues entremos:
déxate esa antorcha aquí;
muerta es Cleopatra (ay de mí!)
pon á la lancha seis remos,
busquémosla de esta suerte.
Sarg. Pues entra en la lancha.
Oƈtav. Ven.
Vanse los dos, y dexan una hacha de tea arrimada á un peñasco.
Anton. Tuve un bien, y fué aquel bien
una señal de mi muerte;
ya murió Cleopatra bella,
ya el mar la habrá sepultado,
ya no soy mas desdichado,
que ya falleció mi estrella.
Un bulto en el agua miro,
y ahora es fuerza templar,
porque no se inquiete el mar,
el viento con que suspiro:
olas, mi amor ayudad,
haga mi piedad su oficio,
Entra al vestuario, y saca una ropa de Cleopatra.
iba á buscar un indicio,
y encontré con la verdad.
Solo me dió la mar pura,
por seña de que murió,
este adorno, que sobró
á su infelice hermosura.
Dent. Oƈtav. No parece ya.
Anton. O dolor,
imposible de escuchar!
mas feliz que yo es el mar,
pues la ha guardado mejor;
busqué en el mar despojos
de una desdicha tan cierta:
ya sé, que si ella está muerta,
que no la errarán mis ojos.
Mira al vestuario, entra, y saca unos cabellos.
Ay mi Cleopatra! ay luz mia!
no parece en el abismo:
estátua soy de mí mismo.
O exemplo de Alexandría!
ó prodigio varonil
del mas portentoso amor!
Anegada y mustia flor
á las lluvias del Abril,
otro exemplo soy igual;
y pues vivir es morir,
contigo voy á vivir
en el salobre cristal.
Pero mas mi pasion yerra:
yo propio me he de matar:
da tú un exemplo á la mar,
y yo le daré á la tierra.
Ay esposa! ay firme amor!

ea, darme muerte quiero:
no traigo conmigo acero,
pero ya traigo dolor;
un sudor me cubre helado,
y ántes que muera, pues muero,
ir á que me maten quiero
los Aspides de este prado.

Va á entrar, y encuentra la daga de Cleopatra.

El prado un acero fiero
ha producido á mi pena,
lágrimas sembré en la arena,
y ella produxo un acero.

Toma la daga.

Esta es la dicha primera,
que dió mi estrella importuna:
no es poco, que la fortuna
me haya dado con que muera.
Cleopatra, luz á quien sigo,
aunque yo soy mi homicida,
hoy ha de empezar mi vida,
pues voy á morir contigo.
Dé la arena testimonio
de mi mas felice suerte,
mi vida escribo en mi muerte:

Escribe en la arena.

aquí vive Marco Antonio.
Peñasco azul, parda arena,
Cielo, ayre, mar espumosa,
clavel, galan de la rosa,
jazmin que amas la azucena,
Clicie que al Sol enamoras,
águila que al Sol te atreves,
garza que los vientos bebes,
tórtola que tu amor lloras,
peces que el mar discurris,
fieras que el monte habitais,
nubes que el ayre ocupais,
peñas que mi mal sufris,
todos dareis testimonio
al que este amor no creyere,
que aquí Marco Antonio muere,
y aquí vive Marco Antonio.

Dase ahora con la daga, cae muerto, y sale Cleopatra medio desnuda.

Cleop. Fingí que al mar me arrojaba:
y en una gruta silvestre
(bostezo que dió la tierra
de perezosa ó estéril)
he estado hasta ahora oculta;
y porque todos creyesen,
que di en el mar, un peñasco,
para que las aguas suenen,
arrojé del monte al mar,
y para que me creyesen,
esta seña de mi vida,
para indicios de mi muerte,
esta defendida playa
de tantos árboles verdes,
á mi libertad deseada
seguridades ofrece,
porque los Soldados todos,
y Octaviano que los mueve,
buscan por el mar indicios
de mi ruina aparente.
Aquí Marco Antonio vive
dixo el ayre, ó es que quieren
lisonjear el oido
los vientos, que al Alba crecen.

Dent. Iren. Antonio huyó del Castillo,
seguidle todos, no quede
senda por todo ese monte,
que el cuidado no penetre:
Lépido le habrá amparado.

Cleop. La voz es esta de Irene:
Antonio huyó del Castillo;
pídanme albricias las fuentes:
viva mi esposo y yo muera.
Veré si la arena tiene
de sus plantas estampada
la señal: aquí parece,
que varias plantas pisaron
este nunca hollado albergue.
El huyó con los Soldados;
que le esperaban: hoy quiere
mi ya marchita esperanza
volverse á vestir de verde.
Volverlas quiero á mirar;
esta playa, á quien rebelde
en la brevedad de un dia
el mar castiga dos veces,
sobre la no seca arena
grabada una linea tiene,
que conserva la humedad,
que la dexó la creciente.

Lee.

Lee. Aquí Marco Antonio vive:
(dice) seas segundo Fénix,
que quando en mi llama mueras,
tu misma vida te herede.
Albricias me pedid, flores:
estos funestos cipreses,
en vez de estériles frutos,
produzcan flores alegres.
Callad, agoreras aves::-
Encuentra con Marco Antonio.
Pero en este márgen verde,
á quien este manso arroyo
de tanto aljófar guarnece,
yerto un cadáver distingo:
la sangre aun corre caliente,
para que la seca arena
de roxo coral se riegue:
ver quiero si con la antorcha,
ó bien yace ó bien fallece.
Toma la antorcha y mírale.
Válgame el Cielo! qué he visto?
infelice yo mil veces,
que para herir con los males,
me han amagado los bienes.
Mi bien, mi esposo, señor:
mal haya el acero aleve,
que tu pecho de jazmines
le matizó de claveles.
Al Sol, que hermoseó la tierra,
ó por claro, por ardiente,
de la Luna le eclipsaron
las turbias amarilleces.
Este es mi acero (ay de mí!)
tú te has dado á tí la muerte:
mi queja al monte lastime,
mi voz en sus ecos quiebre,
y de mi fatal estrella
fieras y hombres se lamenten.
Echase en la arena.
Leona soy, que á bramidos
dar otra vida pretende
al hijuelo, que en la gruta
toda la arena enroxece:
Quebrado espejo, en quien ya
verse mis ojos no pueden:
Leona soy, oye mi voz,
si tiene oidos la muerte.
Desde mi pecho á mi labio
mi queja se desconcierte,
porque á este roto instrumento
todas mis voces disuenen.
Contigo quiero morir,
Antonio, que es muy decente,
pues nos dió un aliento vida,
que un sepulcro nos celebre.
Hermosa Corte del Mayo,
que de piadosa ó de fértil,
porque entre flores descansen,
Aspides sangrienros meces,
permite una de tus flores.
Toma una flor, y quita de ella un Aspid.
Flor, permite que dispierte
un Aspid solo, de quantos
á su encanto se adormecen:
Aspid, si hambriento te nombran,
en mis roxas venas prende,
porque hijo de mis iras,
de mi sangre te alimentes.
Pónese un Aspid en cada brazo.
Cúmplase la maldicion
de aquella muger, y lleguen
á apasionar mis lamentos
los oidos mas rebeldes.
Lépido, Irene, Octaviano.
Salen Lépido, Irene, Octaviano, Lelio, Cayman y todos.
Octav. Quién me llama?
Irene. Qué nos quieres?
Cleop. Ya Marco Antonio murió,
y ya Cleopatra fallece:
en el jazmin de mis brazos
Corre sangre de los brazos.
ya el Aspid rústico muerde:
Antonio fué la luz mia,
y al soplo del Austro leve
se quedó en negra pavesa
la que era reliquia ardiente.
Irene, ya te has vengado:
Aves, fieras, montes, peces,
ved este extremo de amor;
la edad esperada cuente
el exemplo mas constante,
que dió el bronce á los cinceles.
Tuya soy, Antonio mio,
con parasismos anhele

esta llama, á quien le falta
materia en que se alimente.
Yo muero, y muero de amor:
volved á llorar, cipreses,
háganme exêquias los mares,
corran lágrimas las fuentes,
y todos á una voz digan,
quando mi ruina cuenten,
que aquí murió Marco Antonio,
y aquí Cleopatra fallece.
Cae muerta sobre Marco Antonio, que estará sobre unas yerbas.
Lep. O amante el mas infeliz!
Irene. En él mi amor escarmiente.
Octav. Y aquí la Comedia acaba:
si acaso perdon merece
el Ingenio que la ha escrito,
hacedle el favor que siempre.

FIN.

CON LICENCIA: EN VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos. Año 1769.

